

BOLSILIBROS
BRUGUERA

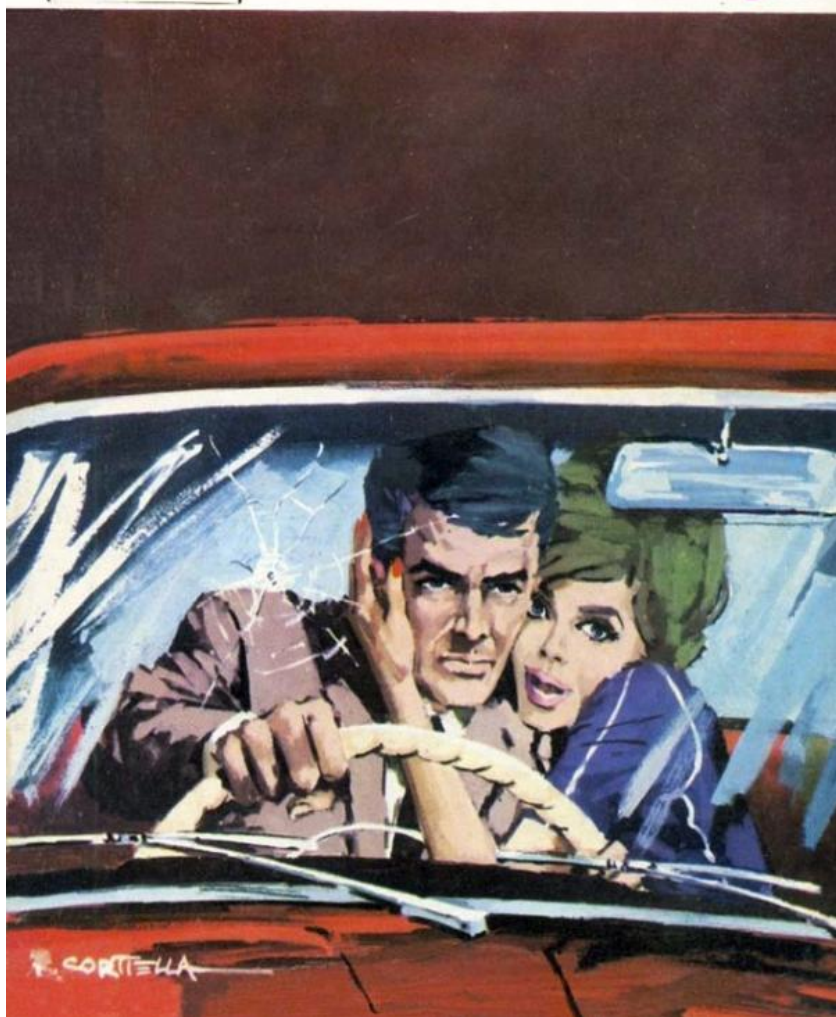
SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

agente enigma

vic logan





SS **SERVICIO SECRETO**



VIC LOGAN

AGENTE ENIGMA

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.057

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito legal B 34.553 - 1970

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1970

© VIC LOGAN - 1970
sobre la parte literaria

© RAFAEL GRIERA - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DE LA MISMA AUTORA
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección AMAPOLA:**
901.— Los dardos de Cupido.
- En Colección ALONDRA:**
814.— Una noche diferente.
- En Colección CAMELIA:**
757.— No soy lo que tú crees.
- En Colección MADREPERLA:**
1.065.— Lucha de sexos.
- En Colección PIMPINELA:**
1.158.— Tu amor no tiene precio.
- En Colección ROSAURA:**
1.111.— En el fango de la gran ciudad.
- En Colección SERVICIO SECRETO:**
1.046.— La suplantación.
- En Colección PUNTO ROJO:**
443.— El hacha del verdugo.
- En Colección ASES DEL OESTE:**
559.— Ciudad turbulenta.
- En Colección SALVAJE TEXAS:**
756.— Tras las huellas del asesino.
- En Colección KANSAS:**
637.— Dólares de sangre.
- En Colección BRAVO OESTE:**
513.— Primero, la ley.
- En Colección CALIFORNIA:**
728.— El hombre de Canadá.
- En Colección COLORADO:**
664.— Era un hombre pacífico.

CAPÍTULO PRIMERO

El mensaje llegó directamente de Alaska y lo recibió el general Lydeker en persona.

Consultó en una libreta para descifrar parte de la clave e inmediatamente pidió a su secretaria Nolah que reuniera a sus colaboradores.

En menos de quince minutos la sala de juntas contigua al despacho del general estaba ocupada por los cinco miembros más importantes del departamento, todos ellos bajo las órdenes directas de Lydeker.

—Señores. Un despacho urgente del director del laboratorio de la isla St. Lawrence.

— ¿Qué quiere Wrieth? —inquirió el coronel Sundage.

—Una investigación. Ha descubierto que entre el grupo de científicos hay una infiltración extraña. Algunos de los datos más importantes relacionados con los últimos descubrimientos o perfeccionamientos cambian misteriosamente de lugar... En una palabra, ha hecho indagaciones por su cuenta y ha podido comprobar que alguien parece muy interesado por las investigaciones que allí se llevan a cabo.

— ¿Se sabe de quién se trata? —preguntó el coronel Sundage.

—Naturalmente, si Wrieth supiera quién es el espía, no les habría convocado a ustedes.

— ¿Piensa enviar a alguien? —preguntó el mayor Tamerly.

—Por supuesto. Por esto les he llamado... En mi cabeza bulle un nombre. Ya sé que para muchos no es persona, digamos grata, pero yo creo que para un caso como este, es el hombre más eficaz.

— ¿Se refiere usted a Palmer? —inquirió Sundage.

—Sí, señores —repuso el general—. Harry Palmer.

—Un tipo muy curioso —sonrió Tamerly pensativo.

—Palmer será lo que fuere, pero indudablemente resulta eficaz —insistió el general.

Se hizo el silencio.

La palabra del general, jefe del departamento, bastaba para

autorizar la puesta en servicio del agente Palmer.

Bueno. En realidad, no era exactamente un agente. Palmer era...

* * *

—Un tramposo. Esto es lo que eres.

El vozarrón provenía de un veterano vaquero que para más realce se enfundaba un sombrero de ala desmesuradamente ancha.

— ¡Tramposo! —repitió mirando a Palmer.

Bueno, la acción no tenía lugar en un viejo saloon de las películas del Far-West, aunque la decoración pretendiera imitarlo.

La partida tenía lugar en un garito de Las Vegas donde un pequeño escenario servía de escaparate a las girls que se exhibían con menos ropa que en el siglo pasado y bailaban al son de un piano, un violín y un contrabajo, solo que en vez de los ramplones movimientos de antaño se contorsionaban con los ramplones y sobados movimientos de la época superatómica.

—No me gusta que me llamen tramposo —sonrió Palmer, echándose hacia atrás.

Palmer usaba una indumentaria estilo «Wyat Earp», pantalón negro, tres cuartos de chaqueta del mismo color, camisa blanca sin apenas cuello y un lacito que le colgaba hasta medio pecho.

A mayor abundamiento, Palmer usaba un viejo «Colt» del calibre cuarenta y cinco que colgaba de una funda de la época.

—En esta baraja hay cinco ases. Tú y yo somos los únicos que jugamos la partida y puedo asegurarte que no he puesto el naipe que sobra —insistió el tipo con aspecto de vaquero.

—Repita que soy un tramposo y le mando a reunirse con sus difuntos.

Y Palmer se levantó del asiento echándose hacia un lado el faldón derecho de su chaqueta tres cuartos, al tiempo que acercaba la mano al revólver.

— ¡Fantoche! —exclamó el otro—. ¿Es que pretendes asustarme con esos aires de vaquero trasnochado?

Palmer hizo una exhibición de revólver.

Sacó.

Apuntó.

Disparó.

Disparó sobre varias botellas que adornaban uno de los estantes del mostrador decimonónico.

Cada una de las cinco balas que disparó alcanzaron un blanco.

Cinco botellas se hicieron añicos y el alcohol almacenado en ellas se derramó por el suelo.

El encargado del saloon... Bueno, del garito, hizo una seña a los dos matones particulares que cuidaban de guardar el orden.

—Queda una bala, viejo imbécil... Será para ti si no retiras lo de tramposo —dijo fríamente Palmer.

— ¿Eeeeh?

El veterano vaquero palideció. Ya no estaba tan seguro de que la cosa fuera en broma.

En realidad, él no la había empezado en broma, pero dudaba de las posibilidades de su oponente.

Los dos matones se aproximaron a Palmer.

— ¡Eh, amigo! Ya ha causado demasiados desperfectos.

Uniendo la acción a la palabra, uno de los dos pretendió sujetarle, pero Harry Palmer esquivó suavemente.

—Vamos a echarte —dijo el otro.

Palmer se volvió y el que había hablado primero se apresuró a sujetarle por detrás.

No lo consiguió porque el joven se revolvió hábilmente e hizo un amago con el brazo derecho, como si pretendiera sacudirle. El otro soltó la zurda hacia delante, pero Palmer esquivó.

—Tú lo has querido —dijo.

Entonces, con una habilidad que dejó pasmada a la concurrencia que se había aproximado para estar cerca de la escena, soltó dos golpes seguidos al abdomen del matón.

Inmediatamente le dio un rodillazo a la barbilla para sacudirle nuevamente en el estómago y concluir la pelea con un golpe en la nuca con las manos unidas.

Su antagonista quedó tendido como un fardo, inconsciente, inmóvil sobre las tablas del suelo.

El otro se lanzó hacia delante para intentar mejor suerte, pero Palmer le recibió con una zancadilla que le hizo tambalear, para, enseguida, golpearle en el lugar preciso con el canto de la mano algo más abajo del cogote.

Su segundo rival cavó desplomado contra el suelo, igualmente sin sentido de la realidad.

Alguien tuvo la feliz ocurrencia de llamar a la policía, pero,

mientras, Palmer sujetaba al vaquero por las solapas de su chaqueta.

—Ahora escúcheme, maldito vaquero... Cuando quiera apostar fuerte, sepa perder, pero no acuse a los otros de hacer trampas, si quiere conservar su sucio pellejo.

El vaquero estaba lívido, cuando Palmer lo soltó arrojándole contra una mesa, que cayó derribada y cuyas patas se hicieron añicos.

Palmer dejó entonces un billete de cien dólares sobre la mesa.

—Esto para los desperfectos —señaló las fichas y añadió—: Me hospedo en Sinatra Palace. Mándenme allí lo que sobre.

Iba a salir cuando dos coches de la policía se detuvieron frente a la puerta haciendo sonar insistentemente sus respectivas sirenas.

La policía entró decidida en el local, mientras Palmer salía tranquilamente silbando una tonadilla.

Si los agentes no repararon en él, sí lo hizo un hombre que llevaba un traje claro y se cubría con un sombrero blanco de fieltro, que estaba en la esquina.

Aquel hombre, sin demasiada prisa, montó en un coche que tenía aparcado, para seguir al auto gris claro de Harry Palmer.

CAPÍTULO II

Palmer se contemplaba delante de un espejo.

Describirlo resulta un poco difícil, y luego se verá por qué.

Palmer era alto. Medía más del metro ochenta y poseía una anchura de hombros proporcionada a la talla. Su pecho era voluminoso, su cintura estrecha y su musculatura, apta para presentarse como candidato a Míster Universo o cosa semejante.

Pero el rostro era lo más singular de él.

Viéndole parecía un ente vulgar, sin ningún detalle sobresaliente, pómulos, nariz, boca... todo absolutamente regular, pero vulgar, infinitamente vulgar y adocenado.

Hizo una leve flexión a su nariz y esta pareció ceder.

En un momento, la nariz quedó sobre el pequeño estante del cuarto lavabo.

Parecía un pedazo de carne arrancada por un caníbal; sin embargo...

Sin embargo, quedaba en su rostro otra nariz. ¿La auténtica?

Seguramente el general Lydeker, tratándose de Palmer hubiera dicho:

«Con ese hombre, nunca se sabe nada exactamente.»

Y al decir nada, se refería concretamente a su persona.

Palmer hizo más que quitarse su nariz sintética.

Con sumo cuidado se despojó de la cabellera negro azabache, para quedarse con la cabeza totalmente rapada como el actor cinematográfico Yul Brynner.

¿Era realmente calvo por completo?

Aquello era otra incógnita.

Por detrás de las orejas iba a tirar de la «segunda piel» que cubría su rostro.

Entonces llamaron a su puerta.

Se encogió de hombros con aire de fastidio y acudió a abrir.

Era un apartamento del hotel de extraordinarias comodidades y construido y decorado según los últimos cánones de la moda.

Palmer miró por la rendija y no vio a nadie.

Abrió, de todos modos.

Tampoco vio a nadie.

De repente, sin embargo, surgió el hombre del traje claro y sombrero de fieltro blanco.

El visitante iba armado con una pistola del nueve largo que intentó hundir en los riñones de Palmer, pero este, con un hábil gesto, asió por la derecha al recién llegado, le obligó a soltar el revólver y al mismo tiempo le volteó.

El otro se vio volando por los aires y sentado en el suelo sin saber exactamente lo que había ocurrido.

— ¡Boyd, cuando vuelvas a seguirme, procura asegurarte de que yo estoy ciego! —exclamó Palmer con los brazos en jarras.

El del suelo lanzó un bufido.

—Solo pretendía gastarte una broma.

—Pues ten cuidado. De no saber que eras tú, en estos momentos podrías encontrarte en el otro barrio...

El llamado Boyd se levantó, recogiendo su albo sombrero que había caído en el suelo.

—Tienes malas pulgas... ¿Era por ti la bronca del garito?

—Nunca es por mí. La culpa la tienen otros...

—Oye... ¿de qué vas disfrazado...? Nunca te había visto con esta cabeza.

—Es la mía.

—En serio, Palmer. ¿Es este tu rostro realmente?

—Esto no le importa a nadie. Es como querer saber el número de trajes o de corbatas que tengo. ¿A quién le interesa?

—Un aspecto no es una corbata.

—Para mí, sí. Es aburrido levantarse todas las mañanas, mirarse al espejo y ver siempre la misma cara. ¿No crees?

—Bueno. Yo estoy contento con la mía.

—Pues cualquier día, con tus bromas, te la van a hacer nueva. Suéltalo ya, Boyd... ¿Quién te envía?

—Puedes figurártelo. En Washington tienen ganas de verte el pelo —y miró su calva, para agregar—: O lo que sea...

— ¿El general?

—Sí...

—Se acuerdan de mí, ¿eh?

—Por lo visto...

—Algún asuntillo difícil.

—Eres agente. Estás para cuando te necesiten.

—No... A mí no me tragan. Soy de los llamados «agentes libres»; paga mínima y primas cuando entro en servicio... ¿Qué demonios se habrán creído?

—Tienes que aceptar. En este caso no hay opción.

—Humm... ¿Intentarás persuadirme? ¿Cómo, Boyd?

—Palmer, Palmer... No me compliques la vida. Yo soy un simple enlace... Me han pedido que te lleve a Washington. Esto es todo.

—Está bien, mandadero. Iré... Pero solo por una razón... Sé de qué asunto se trata, y me interesa.

— ¿Que sabes...?

—Sí, amigo... A veces soy agente secreto... Un agente secreto tiene la obligación de saberlo todo. Ahora, lárgate. Encárgame una plaza para el primer vuelo. No hagamos esperar al general.

CAPÍTULO III

Cuando Harry Palmer entró en el edificio donde tenía su oficina el general Lydeker, no se parecía en absoluto ni al jugador del garito de Las Vegas, ni al hombre de la cabeza rapada del Sinatra Palace.

Su figura era la de un joven jugador de base-ball. Llevaba un jersey blanco con rayas en el cuello y los puños azules, pantalón deportivo, zapatos beige claro y todo su aspecto rezumaba vitalidad.

Cruzó los corredores de rigor como quien entra en su casa y se sabe de memoria el camino a recorrer.

En el antedespacho, Nolah, la secretaria del general, le miró sorprendida.

—Hola, nena —saludó Palmer guiñándole un ojo.

— ¡Harry!

— ¿Tienes algo que hacer esta noche? Ponte guapa. Despacharé enseguida al viejo.

Ella reaccionó y dijo:

—Harry, ahora no puedes entrar...

Harry ya estaba dentro.

El general estaba despachando unos asuntos con dos de sus colaboradores y lanzó un taco, añadiendo:

— ¿Quién diablos le ha dado permiso...?

No pudo terminar la conminativa pregunta porque el recién llegado replicó:

—Tranquilo, señor. Soy de la casa.

— ¿Eeeh?

—Digo que no se inquiete, soy Palmer.

—Me gustaría saber —dijo el general reaccionando rápidamente—, ¿por qué diablos cambia de rostro cada vez que necesito verle?

—Por la misma razón que usted me endilga las misiones más difíciles, como esa de Alaska... No tema, lo digo porque sus colaboradores... ya saben de qué va.

— ¡Palmer! ¿Cómo demonios puede saber usted...?

De nuevo el general fue interrumpido por la decidida respuesta del extraño agente:

—Señor, mis fuentes de información son tan privadas como las tuyas. Respételas. Son una de las normas de mi cometido. Se me exige eficacia, prudencia y rapidez; cuando actúo no estoy respaldado por nadie, tengo que apañármelas solo. A cambio, se me concede una absoluta libertad de movimientos y proveerme de informes en mis propias fuentes. ¿No es así?

—Palmer... tiene usted la virtud de agotarme la paciencia. Este es un asunto de la máxima responsabilidad.

—Lo sé, señor, por eso me ha llamado.

—Palmer, le recuerdo que soy su superior. Usted es un agente...

—Numerario, solamente, pero eficaz... y enigmático, reconózcalo. Nadie ha podido saber nunca cuál es mi verdadero rostro. ¿A que no?

—Basta, Palmer. Exijo el nombre de la persona que le ha facilitado la información...

Palmer sonrió haciendo un ademán de advertencia con el índice.

Habló como quien reprime a un niño pequeño que acaba de cometer una travesura.

— ¡Ah, ah! —exclamó—. Se dice el pecado, pero no el pecador. No me haga saltar las reglas... En esta profesión no se pueden hacer excepciones. Lo aprendí durante el aprendizaje.

Lydeker lanzó un bufido.

—Espéreme en la sala contigua. Palmer. Luego hablaremos.

—General, tengo una cita con su guapa secretaria. Espero que será breve... Por lo demás, le aseguro que conozco de pe a pa cuál va a ser mi misión.

Y sin dar tiempo a que Lydeker replicara, se encaminó hacia la puerta corredera del fondo, para trasponer el umbral y cerrar nuevamente para quedar en pie en el centro de la estancia.

* * *

El mayor Tamerly, secándose el sudor, cruzó el umbral de la puerta. Cerró y se dirigió a Palmer, que en aquellos momentos se dedicaba a observar el tránsito de la gran avenida a través del amplio ventanal de la sala.

—Harry, Harry —se lamentó el militar—. Un día vas a

comprometerme... No debías de haber dicho al general que ya conocías lo de la misión. Yo te lo advertí para prepararte, para hacerte un favor, pero no para que lo divulgaras a los cuatro vientos.

—No lo he divulgado a los cuatro vientos.

—Te gusta hacerte el interesante.

—Es que lo soy... Apuesto a que cuando se nombra mi nombre, la mayoría ponen la mirada en el cielo.

—No tengas nunca un solo fracaso, Palmer. Te toleran porque...

—Porque hasta ahora he triunfado en todas las misiones.

Tamerly no continuó porque el general entró en la estancia dispuesto a hablar con el agente.

La mirada del jefe era adusta, grave, severa. Tamerly optó por excusarse con una sonrisa y murmurar:

—Bueno... que haya suerte.

Cuando el mayor se hubo marchado, el general carraspeó con aire de suficiencia.

— ¿Quiere beber algo, Palmer?

—Gracias, cuando trabajo soy abstemio.

—No lo fue mucho en Las Vegas... Hay algunas denuncias contra usted.

—Es mi vida privada, señor... Pero no tema, nunca comprometo mi rostro. Por otra parte, el apellido Palmer, sin ser un Smith cualquiera, no compromete mucho.

—No voy a discutir con usted. Siéntese. Vayamos al asunto. ¿Qué es lo que sabe usted exactamente?

—Que el director del laboratorio experimental de la isla St. Lawrence, de Alaska, ha descubierto que hay un espía entre los treinta hombres que componen la plantilla de investigadores... Supongo que mi misión será descubrir quién es el espía... para lo cual tendré que adoptar un disfraz de científico distraído y trabajar en St. Lawrence.

—Usted lo ha dicho todo, Palmer.

—Entonces, no hay nada más de qué hablar. Mañana sacaré el pasaje para Alaska.

—No, Palmer. Esta misma noche. Todo está preparado para que llegue usted mañana por la mañana.

—Ni siquiera me da unas horas...

—No puedo dárselas... Mañana tenía que incorporarse en el laboratorio el profesor Sanders. Un accidente fortuito le ha causado la muerte. Sanders no tenía a nadie y nosotros hemos silenciado la personalidad del accidentado, por lo que usted viajará como profesor Sanders, el cual es esperado mañana. Tengo su billete y documentos en regla.

—Un momento, pero alguien puede conocer a ese Sanders.

—No se preocupe —repuso el general Lydeker—. Sanders es desconocido por todos los que trabajan en la isla de St. Lawrence.

— ¿Y la foto del profesor? En unas horas no puedo adecuar mi rostro.

—Tiene usted una buena colección de disfraces.

—Excelente, general, pero cada uno de ellos cuesta mucho tiempo en poder confeccionarse. Cuando voy por la calle, nadie es capaz de adivinar si mi rostro es auténtico o no y esto no se improvisa.

—Descuide, Palmer. En este caso no hay problemas. Como nadie conoce al profesor Sanders, puede usted adoptar el disfraz que prefiera. Solo tiene que hacernos llegar una foto para que la adjuntemos debidamente sellada a los documentos. Para todo tiene una hora de tiempo.

—Pero...

—Desde ahora empieza su servicio, Palmer. Demuestre lo que vale —y el general no le dio tiempo a replicar, porque se encaminó hacia la puerta y desapareció tras ella.

CAPÍTULO IV

El hombre que descendió del avión en Alaska con el nombre de profesor Sanders, no tenía ningún parecido físico ni con el Palmer del saloon de Las Vegas, ni con el deportivo jugador de basse-ball que fue a visitar al general en su oficina.

Sin embargo era Harry Palmer, aunque esto solo lo sabía el propio interesado.

Impresionante por su altura, con una barba grisácea bien cuidada y unas gafas que descansaban más sobre su nariz que sujetas a los lados de las orejas, fue inmediatamente atendido por un hombre que dijo llamarse:

—Simpson. Eddie Simpson. Me han enviado a recogerle, profesor Sanders. Una lancha nos espera en el embarcadero. Tomaremos un taxi.

—Muy bien, colega Simpson... En cuanto descarguen mi equipaje... Personalmente, creo que es la única pega de los aviones. ¡Tener que esperar a que a uno le entreguen el equipaje!

—Sí, claro —sonrió Simpson.

Simpson aparentaba menos edad que Sanders, y era de suponer que aquella apariencia fuera únicamente aparente, puesto que nada hacía sospechar que el tal Simpson, enviado del laboratorio, falseara su verdadera personalidad.

Los dos hombres pasaron a la cafetería del aeropuerto y en el mostrador pidieron sendos cafés.

Simpson era igualmente alto, de anchos hombros y cabello grisáceo, aunque no usase barba. Su aspecto en general era de un hombre en posesión de toda su vitalidad.

Llevaba en la mano un paquete y se excusó diciendo:

—Tengo que hacer el envío de estos libros. Van destinados a Buenos Aires. Son de nuestro director, Stephen Wrighth.

— ¡Oh! Por mí puede hacerlo, Simpson. Creo que hay tiempo.

Simpson desapareció hacia el departamento de envíos, en cuyo mostrador dejó el paquete de regulares dimensiones.

Habló unos instantes con el encargado, llenó un pequeño formulario y depositó unos dólares sobre el mostrador, para regresar inmediatamente, cuando un mozo avisaba a Palmer:

—Profesor Sanders. Su equipaje está en un taxi.

—Muchas gracias. Espere, le daré una propina.

Palmer, muy en su papel de hombre poco ordenado, buscó en todos los bolsillos para hallar la propina y Simpson se le anticipó ofreciéndosela al mozo.

—Tome, ya está bien.

—Nunca sé dónde me meto el dinero —rezongó Palmer.

—Cuando quiera, querido colega —sonrió Simpson.

Palmer concluyó su café y los dos hombres se dirigieron hacia la salida, cuando en la sala de espera se produjo un movimiento desusado.

— ¡Por allí, por allí! —gritó alguien.

Dos agentes de la policía del aeropuerto echaron a correr, mientras en la parte exterior sonaron algunos silbatos.

— ¿Qué ocurre? —inquirió Palmer.

—No sé...

Un botones del departamento de envíos se aproximó a Simpson para informarle:

—Los libros que usted consignó, profesor Simpson... Los han robado.

— ¿Los libros? —inquirió extrañado Simpson.

—Sí, señor... Eran dos hombres. Han entrado de improviso y se han llevado el paquete sin que se pudiera evitar. La policía anda tras ellos.

— ¿Eran de valor esos libros, Simpson? —inquirió Palmer.

—No sé. El director del laboratorio solía hacer envíos de cuando en cuando. Yo mismo llevé otros paquetes en anteriores ocasiones. No puedo comprender...

Palmer quedó pensativo.

Bajo su aspecto de profesor distraído murmuró:

—No parece probable que nadie robe para coger un empacho de cultura. A menos que se trate de textos secretos.

—No lo sé. Son libros publicados. No hay nada secreto en ellos... Al menos creo yo.

—Esperemos que la policía los recupere —murmuró Palmer

acariciándose la recortada perilla.

—Bueno... temo que tendremos que retrasar nuestro viaje —repuso Simpson—. Supongo que no le importará a usted, colega Sanders.

— ¡Oh, no! En absoluto.

—Si no se recuperaran, me gustaría poder dar por lo menos una satisfacción a Wrieth.

—Me parece lógico.

— ¿Quiere tomar otro café?

—No, gracias... Más bien me gustaría estirar las piernas.

—Puedo acompañarle. No hay mucho que ver. Esta ciudad es más bien pequeña.

—Lo supongo. Pero es la primera vez que estoy en Alaska.

—Entonces, vamos... Quizá a nuestro regreso ya hayan encontrado a los inoportunos ladrones.

—Disculpe, Simpson, y no se lo tome a desprecio, pero desde mis años mozos siempre dije que el mejor modo de conocer una ciudad es yendo solo... ¿No le importa, verdad? Son manías que con el tiempo uno no logra desprenderse de ellas.

— ¡Oh, claro que no! En realidad, yo prefiero quedarme aquí. Me preocupa ese robo, y no por el valor de los libros en sí, sino por el efecto moral. No sé lo que pensará Wrieth.

—No se preocupe. Usted no ha tenido ninguna culpa —repuso sonriente Palmer, siempre bajo su disfraz de profesor Sanders.

Se dirigió hacia la salida y un botones le indicó cuál era su taxi.

—Gracias, muchacho.

Aquella vez, libre de la mirada de Simpson, extrajo sin vacilación un billete de dólar y lo tendió al muchacho.

Poco después subía al taxi.

— ¿Dónde, señor?

—Lléveme a dar una vuelta por la ciudad.

— ¿A algún lugar determinado?

—No... Donde usted quiera. No tengo preferencias.

El conductor puso en marcha el vehículo y poco después recorría una de las principales avenidas.

El hombre del volante actuaba de guía explicando poco más o menos los lugares por donde cruzaban.

—Esta es la avenida de Córdoba...

— ¡Ah! Muy bonita... Sí, sí... Pero siga, siga...

El conductor dobló una esquina e informó igualmente el nombre de la calle de ambiente comercial.

—Oiga... Deténgase en la esquina... Me gustaría comprar un pequeño recuerdo. Es mi hobby coleccionar pequeñas cosas de todos los lugares que visito.

El conductor le complació.

En la esquina se anunciaban unos almacenes de tipo popular.

Palmer se apeó del taxi y entró en los almacenes, que cruzó rápidamente, para salir por una puerta que daba a la calle inmediata.

Con paso acelerado que poco concordaba con la edad que trataba de aparentar, alcanzó un pequeño edificio, traspuso el umbral de la puerta y siempre con paso rápido subió hasta el primer piso.

Era un edificio de oficinas y en una de las puertas de aquella primera planta podía leerse un nombre:

«A. L. Lamont. Información privada.»

CAPÍTULO V

Albert Lamont Lamont, director, propietario y única cabeza visible de la oficina, era un hombre relativamente joven que levantó la mirada para echar un vistazo al recién llegado.

Palmer habló antes de que el que estaba sentado tras la mesa pudiera siquiera saludarle.

—Dejémonos de preámbulos. Soy Palmer. Estoy realizando un servicio especial. ¿Quieres que me identifique de algún modo?

—Tu voz es inconfundible, amigo —replicó Lamont poniéndose en pie y tendiéndole la mano—. ¿Cómo diablos te has disfrazado de este modo? ¿Qué haces en Alaska?

—Son demasiadas preguntas, a las que no puedo responder. He venido a pedirte un favor y no dispongo de mucho tiempo.

—Habla... Tú siempre vas deprisa. Recuerdo la última vez...

—La última vez mi nombre era Wayne y era técnico en ingeniería. Ahora soy el profesor Sanders. Esto es todo.

—Bien, habla.

—Hace unos diez minutos ha sido robado un paquete del aeropuerto. Era un envío de libros destinado a Buenos Aires.

—Libros...

—Eso parece.

—¿Y qué quieres?

—Localizar a los ladrones.

—¿Qué datos tienes?

—Pocos. Oí decir que los ladrones escaparon en un descapotable color café.

—¡Una gran pista! Déjame calcular a grosso modo los descapotables color café que corren por...

Palmer le atajó con un ademán.

—No me importan las estadísticas. Eran dos tipos los que se apoderaron del paquete, y el coche podía ser robado...

—Palmer, por el amor de Dios, soy detective privado, no

adivino.

—Esta ciudad no es demasiado grande. ¿No conoces a los delincuentes habituales?

—Harry... los delincuentes habituales no roban libros.

—Tal vez.

—¿Qué contenían esos libros?

—Si lo supiera, amigo Lamont, no estaría aquí charlando contigo. Averigua lo que puedas. Moviliza a tus sabuesos. Antes los tenías, y buenos. Te esperaré en... ¿El café Morgan existe todavía?

—Sí.

—Pues llámame allí. Procura no tardar.

Sin esperar respuesta, se dirigió hacia la salida. Se volvió para sonreír y desapareció tras cruzar la puerta.

Con la misma agilidad que disimuló poco antes de llegar al taxi, subió de nuevo al auto y murmuró:

—No he encontrado nada que valga realmente la pena. Siga dando un paseo.

—Como usted diga, señor.

Como quien siente curiosidad, fue indicando al chófer que cruzara por aquí o doblara por allá.

Poco después, el coche pasaba delante del café Morgan y Palmer pidió:

—Voy a tomarme otro café. ¿Le importa esperar?

—Usted manda, señor.

—Gracias... Me gustan esos sitios con aires caducos... Me recuerdan más mis tiempos.

El chófer sonrió, mientras Palmer con paso propio de persona de la edad que aparentaba entraba en el café.

Cuando el camarero le atendió, dijo:

—Me llamo Sanders. Profesor Sanders. Espero una llamada telefónica. ¿Le importará avisarme?

—En absoluto, señor.

El camarero se retiró después de que Palmer le hubo pedido el café solo y bien cargado.

Esperó leyendo un folleto turístico que halló en la mesa, como si realmente no tuviera otra cosa que hacer.

* * *

Albert Lamont Lamont trabajó deprisa y bien.

Apenas Palmer llevaba diez minutos sentado en el café, cuando le avisaron de la llamada telefónica que estaba esperando.

Palmer se puso al aparato en el interior de una cabina.

Al otro lado sonó la voz de su amigo:

—Harry... la policía anda buscando un coche del color que me describiste.

— ¿Qué más?

—Parece que se le ha visto por los alrededores de Heat Row.

—Eso está hacia el Norte, ¿verdad?

—Sí. Es una zona turística. Hay varios chalets, pero existe un camino privado.

— ¿Sabes si la policía les ha dado alcance?

—Lo dudo. El coche lo ha visto alguien que no creo se le ocurra informar a la policía.

—Gracias, Lamont.

— ¡Palmer!

— ¿Qué hay?

—Ten cuidado.

—Gracias.

—Si necesitas algo...

—No, no. Espero poder arreglármelas solo.

Y Palmer salió del café después de depositar sobre la mesa el importe de la consumición con una modesta propina.

Cuando estuvo de nuevo en el coche pidió:

—He leído un folleto de propaganda mientras tomaba el café... Habla de unos chalets en un lugar llamado Heat Row.

— ¡Oh, sí! Queda un poco lejos. Es más bien hacia la montaña.

—Me encanta la montaña. En mi juventud fui alpinista.

—Si quiere que le lleve...

—Bueno. No creo que a mi colega Simpson le importe esperar.

—Pues vamos allá.

El conductor dejó la calle para torcer hacia la izquierda.

Después de desmanzanas empezaba una calle que terminaba en carretera.

Durante el camino, y apenas dejar el núcleo principal de la ciudad, un letrero indicaba la proximidad de Heat Row en quince kilómetros.

— ¿Piensa comprar algún chalet?

A la pregunta del conductor. Palmer respondió con lógica:

—Tanto como comprar... pero quizá alquile uno para los fines de semana. Voy a trabajar a St. Lawrence, pero de cuando en cuando uno necesita un poco de independencia.

—Pues estamos llegando.

El auto enfiló por una desviación, hasta llegar a una plazoleta.

Aparte de la carretera principal, había otras dos con la indicación de ser rutas absolutamente privadas, únicamente utilizables para el uso de los propietarios.

—Eche por aquí —dijo Palmer eligiendo una al azar.

—No es posible, señor.

— ¿Por qué? Tal vez me convierta en inquilino.

—Bueno... Si el guarda nos dice algo...

—No se preocupe, yo le hablaré.

Pero no encontraron guarda hasta llegar a una explanada que venía a ser el arranque de la urbanización.

—Voy a echar un vistazo. Deténgase —pidió Palmer.

Poco después, volvía a bajar del vehículo y se adentraba por la solitaria urbanización.

Todo estaba desierto. No había llegado todavía la temporada turística y los propietarios de los chalets no vivían allí.

Cruzó una de las bien asfaltadas avenidas.

Todas las casas tenían sus jardines privados y estaban convenientemente separadas entre sí para guardar una absoluta independencia.

Al doblar una esquina, siempre sin haberse cruzado con nadie, vio un coche.

Era un descapotable color café.

Esperó un momento junto a la acera y observó.

Estaba detenido frente a uno de los chalets de construcción más o menos parecida a los distintos estilos, todos ellos de un absoluto modernismo, pese a que muchos eran contruidos al estilo cabaña con troncos de abetos imitando las antiguas edificaciones montaÑeras.

Con su bastón anduvo tranquilamente como quien está dando un paseo.

Al llegar a las proximidades del chalet, delante del cual estaba estacionado el auto, se metió por el jardín.

Sigilosamente, pisando el césped, se deslizó hacia la parte lateral de la casa hasta alcanzar una ventana junto a la cual se apostó y aguardó unos momentos antes de asomar.

Al fin estiró la cabeza y observó el interior.

El aspecto era solitario, desierto, como si no hubiera nadie.

Se acercó hasta la puerta de servicio y accionó el pomo.

La puerta cedió y Palmer se coló dentro de la casa.

CAPÍTULO VI

Los dos hombres estaban hojeando los libros sobre una mesa.

Uno era un tipo entrado en años bajo, fornido y de aspecto más bien desagradable. El otro era más joven y efectuaba ademanes nerviosos.

—Aquí no está lo que buscamos —decía en aquellos momentos.

— ¡Tiene que estar! —gruñó el de más edad hojeando rápidamente las páginas de un grueso tomo.

—Estamos perdiendo tiempo, y la policía puede encontrar el coche.

—Es robado, ¿no?

—Pero está ahí fuera.

— ¿Y qué? Nosotros no sabemos nada. Además, si llaman no respondemos y asunto concluido

— ¡Maldita sea! Este es un trabajo estúpido —gruñó el joven.

—Deja de lamentarte. Nos llevaremos todos estos libros.

— ¿En el coche?

—No. Sácalo de aquí, despéñalo en cualquier parte. Nos reuniremos en el campo.

— ¿Vamos a coger el helicóptero?

—Sí, date prisa.

El otro asintió, mientras el de más edad recogía los cuatro volúmenes y envolviéndolos sin miramientos se dirigió hacia la salida principal de la casa.

Palmer, metido en la cocina y asomando ligeramente, había estado escuchando la conversación y cuando el otro hubo salido, se dispuso a seguirlo.

El hombre se marchaba por un paso lateral entre dos chalets, con dirección a la avenida paralela a la que correspondía la casa.

Palmer le siguió a distancia sin perderle de vista.

Entonces vio que camuflado entre el exuberante parque habían dos automóviles.

El tipo iba a subir a uno.

Palmer pensó que si el otro subía al coche, ya no le sería posible saber dónde se dirigía y se decidió a actuar.

Por entre los altos setos, consiguió llegar hasta la misma altura del auto en el momento en que su conductor se disponía a arrancar.

En cuatro zancadas se colocó junto a la portezuela y la abrió.

— ¿Quién diablos...? —empezó el tipo bajo y fornido

—Lo siento, amigo. Usted lleva algo que no le pertenece.

— ¿Qué...?

—Ese paquete. Demasiada cultura para un tipo con cara de zoquete.

El otro buscó algo en el bolsillo interior de su chaqueta, pero Palmer accionó su bastón empujándole hacia atrás para seguidamente descargarle un buen golpe en la cabeza.

El otro quedó medio atontado y Palmer tiró de él obligándole a salir.

Fuera del auto reaccionó y pretendió entendedérselas con Palmer, pero este le apuntó con el bastón.

— ¡Quieto, amigo!

— ¿Quién es usted?

—Mi nombre no le diría gran cosa. Deme ese paquete.

El otro dudó. Retrocedió unos pasos, para volverse y tratar de esquivar el bastón de Palmer, pero este lo esgrimió como una espada.

— ¡Quieto! Quiero el paquete.

El tipo no tuvo más remedio que obedecer.

—Llévelo hasta la casa y no haga ningún movimiento. Le advierto que también tengo revólver si en algún momento se le ha ocurrido usar el que lleva en el sobaco.

El otro le tendió el paquete.

—Ahora camine hacia delante.

— ¿Qué quiere?

—Saber quién le ordenó robar esos libros del profesor Wright.

—Yo no sé quién es ese profesor.

—Pero sí sabe quién le ordenó el robo.

El otro guardó silencio.

—Bueno. Puede que su compañero tenga la lengua más suelta. De lo contrario, tendré que utilizar otros métodos,

Se aproximaban a la casa por entre la maleza, cuando el tipo que iba delante echó a correr.

Palmer fue tras él, pero de pronto...

Sonó un disparo.

El tipo bajo y fornido dio un traspié y saltó hacia delante.

Palmer se echó a un lado para evitar algún otro posible disparo que no tuvo lugar.

Cuando asomó un coche se ponía en marcha.

No era el coche robado. Llegó a tiempo para ver una furgoneta gris perderse en la esquina inmediata

El coche robado tampoco estaba. El encargado de despeñarlo, según lo que había oído Palmer, debía de habérselo llevado.

Palmer se encontró solo, con el paquete de libros en la mano.

— ¿Quién habrá disparado? —se preguntó.

Se acercó al hombre que había recibido el balazo y no tardó mucho en comprobar que no respiraba. Estaba muerto. Le habían asesinado.

Volvió a la casa, dejó los libros sobre una mesa y tomó el teléfono.

—Póngame con la policía —pidió.

Cuando obtuvo la comunicación dio las señas de la casa.

—Los libros que robaron del aeropuerto están aquí. Por cierto hay también un cadáver. Tendrán que venir con una ambulancia.

Antes de que pudieran hacerle preguntas sobre su identidad, colgó.

Se entretuvo echando una ojeada a los libros.

Eran dos novelas: *Topaze* y *The arrangement*. Había también otros dos libros sobre ciencia espacial. En apariencia su contenido era absolutamente normal.

Aguardó en la casa hasta que escuchó las sirenas de los coches de la policía, entonces salió por la puerta lateral y se perdió por entre la vegetación.

Utilizando el coche que poco antes había querido usar el tipo que ahora yacía muerto en el parque se alejó en dirección a la otra avenida.

Poco después se detenía cerca de la plazoleta en cuyo lado opuesto le esperaba el taxi.

Cuando más tarde se acomodó en el asiento trasero del chófer

comentó:

—Algo debe ocurrir. He oído la sirena de la policía

—Sí. Yo también. Vayamos, no sea que nos veamos envueltos en algún lío. Odio los líos.

CAPÍTULO VII

En el aeropuerto, Simpson informó:

—Han avisado de que los libros han sido recuperados.

Palmer sonrió.

—La policía es muy eficiente.

—Bueno. En cuanto los traigan nos pondremos en marcha...

¿Qué le ha parecido la ciudad?

—Muy interesante. Claro que no he visto gran cosa.

La policía no tardó en llegar. Por si acaso Palmer había despedido al chófer, y recuperado su equipaje.

No quería que si los agentes informaban del lugar donde habían sido encontrados los libros el conductor pudiera sacar conclusiones con la «coincidencia».

Un inspector devolvió el paquete al encargado de envíos en presencia de Simpson y de Palmer.

—Recibimos una llamada anónima. Es un caso bastante extraño. Se ha cometido un asesinato.

— ¿Por esos libros? —inquirió Simpson.

—Lo ignoramos, pero en la casa donde fueron hallados había un cadáver... No exactamente en la casa, sino fuera.

—No comprendo...

—Si para la posterior investigación le necesitamos...

—Desde luego, inspector, pueden contar conmigo.

—Y conmigo —se ofreció Palmer con una amable sonrisa.

—Muy amables, señores —el policía miró los libros y replicó—. No puedo comprender cómo robaron ese paquete. Son libros corrientes. Tal vez pensaron que se trataba de algo de más valor.

—Es posible —repuso Simpson.

Distraídamente, Palmer echó una ojeada a los volúmenes.

Su rostro no experimentó el menor cambio y sus ojos tampoco traicionaron sus pensamientos cuando observó los títulos.

¡Eran cuatro novelas!

No había ningún libro de ciencia espacial, ni ninguno de los títulos de las novelas era ni *Topaze*, ni *The arrengement*.

¡Alguien los había cambiado!

* * *

Simpson y Palmer estaban ya en el embarcadero donde aguardaba la lancha que debía conducirles a la isla.

— ¿Está muy lejos? —preguntó Palmer.

— Llegaremos en cuestión de cuarenta minutos. Es una lancha rápida —replicó Simpson.

— El mar es muy agradable. Solo que en este tiempo el agua está un poco fría.

— ¿Le gusta el mar? —preguntó Simpson.

— ¡Oh, sí! En mi juventud fui un gran nadador.

El conductor de la lancha arrancó. En pocos instantes la embarcación tomó velocidad saliendo de la zona de acantilados y pequeñas calas.

Se lanzaba por mar abierto y la isla podía divisarse al fondo. Se dirigían en línea recta hacia ella.

Estaban ya lejos de la costa cuando la lancha disminuyó la velocidad.

— ¿Qué pasa? —preguntó Palmer.

El conductor se volvió cambiando una mirada con Simpson, en cuya mano derecha tenía un revólver.

— Lo siento, querido colega... Este es el final. Para usted, desde luego.

— ¿Qué...?

— No finja conmigo. Sé que usted es Harry Palmer Enviado especial del general Lydeker para hacer ciertas averiguaciones que nunca llevará a cabo.

— ¡Vaya, Simpson! Y usted es nada menos que el espía que yo tengo que descubrir.

— No saque conclusiones... De todos modos, aunque yo fuera su hombre, de poco le serviría saberlo, porque va a morir.

— ¿Y qué excusa dará cuando mi cadáver flote por las aguas con unas balas en el cuerpo?

Palmer formuló la pregunta como si consultara algo respecto al menú de un restaurante.

— No le encontrarán, Palmer. La lancha estallará por los aires.

Creerán que hemos muerto todos. En realidad, su cuerpo una vez agujereado convenientemente será colocado en algún lugar del fondo... Hay muchas rocas bajo nosotros. El fondo del mar en esta parte es un auténtico laberinto y Joe lo conoce bien.

Joe era el conductor de la lancha, que sonrió al oír mencionar su nombre.

Al mismo tiempo el hombre sacó una piedra atada a una cuerda.

—Con esto atado al cuerpo —siguió Simpson— nadie vuelve a la superficie. Y como los demás también «habremos desaparecido» no podrán acusarnos. «Sabotaje» dirán... o simplemente un accidente, pero esto ya no es de nuestra incumbencia. De veras que lo siento. Me habían dicho que era usted un hombre listo, pero no lo ha demostrado, Palmer, ni siquiera con el disfraz.

—Pues sí que lo siento —replicó el agente como quien escucha un reproche paternal.

Simpson quitó el seguro del arma a la que había aplicado un silenciador.

Se encogió de hombros como quien espera la muerte con resignación, pero de pronto su reacción fue fulminante.

Conforme estaba sentado, ligeramente ladeado dando frente a Simpson, soltó el pie hacia delante al tiempo que con acrobático saltó se echaba hacia atrás.

Su hábil maniobra le lanzó al agua, mientras Simpson, dolido por el golpe recibido, tardaba en reponerse.

— ¡Hay que buscarlo! —exclamó.

El conductor de la lancha se lanzó al agua, cuando Palmer había cruzado por debajo saliendo al lado opuesto.

Simpson miraba por la parte que se había tirado el conductor y entonces, Palmer, apoyándose en la borda tomó impulso y saltó con pasmosa facilidad.

Simpson se revolvió presto a disparar. Palmer ya estaba encima de él retorciéndole el brazo armado con una hábil llave.

Su antagonista lanzó una exclamación, y Palmer le soltó para sacudirle sus acostumbrados dos golpes seguidos en el abdomen y concluir con el trompazo definitivo en la nuca dado con las dos manos unidas.

Simpson cayó como un saco cuando el conductor de la lancha intentaba subir.

Palmer sonrió e incluso le tendió la mano para ayudarlo.

Tiró de él con tremendo impulso y apenas el otro hubo puesto los pies en la embarcación se vio lanzado fuera por el tremendo directo que le propinó en el mentón.

El agua le refrescó y el conductor volvió de nuevo a la embarcación.

—Vamos, amigo. Sube en son de paz y me conducirás a la isla. Me sienta mejor la tierra firme aunque adore el mar.

El conductor volvió a asirse a la borda jadeante.

Subió ayudado por Palmer y pareció que iba a dirigirse al asiento para conducir, pero se revolvió sacando un puñal que llevaba escondido en alguna parte.

Un movimiento decisivo hubiera sido fatal para otro con menos reflejos que Palmer, que esquivó, al tiempo que golpeaba la espalda de su agresor con una pegada que le dejó tendido grotescamente de bruces.

Le tomó el cuchillo, y recogió también la pistola de Simpson.

—Bien. Conduciré yo —dijo.

Cuando se sentó al volante de la lancha se aproximaba un helicóptero.

De uno de los lados asomaba una metralleta ligera.

CAPÍTULO VIII

Palmer comprendió claramente el peligro antes de que la metralleta comenzara a tabletear.

No tenía más remedio que lanzarse el agua.

Las balas perforaron el asiento donde momentos antes estuvo sentado.

Palmer buceó aguantando la respiración.

El helicóptero dio una nueva pasada disparando contra el agua.

Las balas levantaban salpicaduras como si un niño estuviera arrojando varias piedras a la vez.

Asomó un momento para respirar cuando el aparato volvía.

Desde el aire los atacantes tenían todas las ventajas.

Palmer se situó bajo la lancha todo el tiempo que pudo aguantar.

Cuando asomó de nuevo el helicóptero, regresaba ametrallando la zona.

Decidió abandonar y nadar por debajo todo el tiempo que le fue posible alejándose de allí.

Su extraordinaria resistencia le permitió conseguir alguna distancia.

Únicamente asomó para acumular aire y lanzarse de nuevo hacia la costa.

Estaba lejos y aquella travesía era una auténtica temeridad, pero comprendió que no tenía más salvación.

El helicóptero seguía rondando por los aires.

La metralleta barría completamente la superficie con sus continuos disparos.

El peligro para el agente Palmer era doble, podía morir agotado, o atravesado por cualquiera de aquellos disparos.

* * *

Jadeante, extenuado, casi sin poder dar un paso arribó a la playa.

Dio unos pasos como si estuviera borracho y se dejó caer.

A lo lejos no había el menor rastro de la lancha ni tampoco del helicóptero.

Pensó que quizá le habían dado por muerto. Pero él estaba vivo, solo que necesitaba recuperarse.

Sentía frío por la larga permanencia en el agua.

Se levantó.

Estaba en una zona rocosa, solitaria. Parecía un moderno Robinson en una isla perdida.

Pensó en la isla Saint Lawrence, pero se dijo que lo más urgente era regresar a la ciudad. Y procurar que no le vieran.

* * *

— ¡Palmer!

La exclamación de Albert Lamont Lamont era plenamente justificada.

Tenía ante sí la figura de su amigo con el rostro que había visto aquella misma mañana, pero con un aspecto lamentable.

Tenía las ropas húmedas y no se había borrado de su aspecto la expresión de fatiga.

—Bueno... Tendrás que proporcionarme ropa y otras cosas. Todo se ha ido al fondo del mar. En realidad no era mucho. Un par de trajes, camisas y mudas. Menos mal que al llegar al aeropuerto tomé la precaución de guardar algo.

— ¿Qué?

—Mi pequeño maletín de los secretos. Allí tengo el maquillaje. Procuro desprenderme de él sin llevarlo demasiado lejos por si ocurre algo parecido a lo de hoy.

— ¿Quieres avisar a la policía?

—No, no, Albert. Este es un asunto, llamémosle privado. A estas horas deben creerme muerto y esto me va a facilitar mi labor... Por cierto, mi talonario de cheques se ha mojado... ¿Tienes algún talón en blanco? Antes de emprender el viaje situé algún dinero en Alaska...

—No te preocupes por esto. Tengo crédito en la tienda. Pide lo que quieras.

—Un par de trajes, camisas, mudas, calcetines. Bueno, como si acabara de nacer y necesitara un equipo completo. Tu talla y la mía son iguales, creo. Cuídate tú de todo.

—De acuerdo. Voy a llamar. ¿Cómo quieres esos trajes? ¿De

viejo?

—Digamos que... normales... Voy a dejar de ser el profesor Sanders.

— ¡Es curioso! Viéndote cualquiera diría que lo pasas en grande.

—Sí. A veces no deja de ser divertido.

— ¿Y cómo vas a llamarte ahora?

—Amigo Albert. Este va a ser mi secreto. Este, y el nuevo rostro que adopte. Esta vez nadie sabrá bajo qué aspecto se oculta Harry Palmer.

Y lentamente se arrancó la bien cuidada perilla, mientras su amigo tomaba el teléfono para hacer el pedido.

CAPÍTULO IX

—Palmer ha muerto.

La noticia la dio el general a sus colaboradores reunidos en su despacho.

Nolah, circunstancialmente, se encontraba también en la habitación y disimuló una exclamación.

— ¿Tiene algo que hacer? —inquirió el general.

—Disculpe, señor...

—Lo siento. Sé que usted simpatizaba con el agente Palmer.

Ella se retiró.

Sundage inquirió.

— ¿Quién dio la noticia?

—Un individuo llamado Lamont. Es detective privado y era amigo de Palmer.

— ¿Cómo ha podido ocurrir? —preguntó el mayor Tamerly consternado con la noticia.

—Parece ser que un hombre llamado Simpson, que trabaja en el laboratorio de la isla fue a esperarle. Lamont informó haber visto desde la costa cómo Simpson disparaba contra Palmer.

—Entonces Simpson es el espía —adujo Tamerly.

—Sí... Ya no cabe la menor duda... Palmer ha muerto, pero aun después ha logrado su triunfo.

—Es extraordinario —exclamó el coronel Sundage.

—Un tanto casual —replicó el general—, pero nos sirve. Gracias a la información de este Lamont sabemos que Simpson es el hombre al que había que descubrir, pero Simpson ignora que nosotros lo sepamos. Muerto Palmer, piensa que podrá seguir a sus anchas durante algún tiempo más y esto nos facilitará las cosas.

— ¿Es que no piensa detenerle? —interrogó Tamerly.

El general, tras un silencio, explicó:

—Simpson es solo una pieza. Nos interesa dar con toda la organización, saber quién se esconde tras ella y aniquilarlos si es

preciso. ¿Comprenden?

Otra pausa para añadir:

—Simpson puede llevarnos hasta los demás miembros de esa organización e incluso hasta su propio jefe. Señores. No olviden que a Palmer le estaban esperando en Alaska, pese a su disfraz «sabían» quién era, lo cual indica que hay más de un espía.

Los cinco hombres reunidos cambiaron una mirada entre sí.

¿Acaso había algún traidor entre ellos?

* * *

En Alaska, entretanto, las manos hábiles del agente Palmer, en la habitación de un hotel y sentado frente a un espejo como un actor cuando se maquilla elegían cuidadosamente el nuevo disfraz.

A partir de aquel momento y cuando Palmer hubiera conseguido su nuevo rostro nadie podría reconocerle, porque para empezar todo el mundo ignoraba que estuviera vivo, excepto, claro está, Albert Lamont Lamont.

Por lo que pudo saber, el profesor Wrighth, director del laboratorio de la isla, iba poco a la ciudad y como que la isla era zona militar no resultaba posible ir sin permiso especial.

No podía hacer otra cosa que esperar a que se le presentara la oportunidad de ver a Wrighth, darse a conocer y buscar un medio para obtener un pase para entrar en el laboratorio.

Lamont, a instancias de Palmer, había montado un servicio de vigilancia en los muelles para averiguar todo lo posible de la gente que llegaba de la isla, pero durante los dos primeros días nadie apareció.

Palmer también solía pasear, otra gente lo haría, pero mezclado entre los demás nadie hubiera podido descubrirlo.

¿Quién era Palmer?

¿El caballero de porte distinguido, traje oscuro que usaba gruesas gafas?

¿Acaso el vagabundo que solía canturrear y pasaba largas horas sentado en el malecón con los pies colgando?

Podía ser muy bien el joven desocupado del grueso jersey negro y pantalón del mismo color.

O quizá el viejo que caminaba ayudado de una muleta.

Cualquiera podía ser Palmer, pero esto no lo sabía ni el mismísimo Lamont.

Al atardecer del segundo día de espera, Lamont le llamó al hotel donde Palmer se hallaba inscrito con el nombre de Thomas Brown.

—Tengo una noticia para ti. Ha llegado Susan Wright.

—¿Quién es?

—Un bombón. Parece mentira que un viejo decrepito y del genio de tu profesor Wrighth, haya podido tener una hija como Susan.

—¡Su hija!

—Sí. Una lancha irá a recogerla en el muelle. Ha llegado sin avisar y tuvo que llamar desde el aeropuerto. Date prisa si quieres verla.

—¿Cómo la reconoceré?

—Está en la cafetería del aeropuerto. Es rubia. Tiene unos veintidós o veintitrés años. Viste con un abrigo azul claro tras el cual lleva una falda bastante corta. El hombre que me ha informado dice que tiene bonitas piernas.

—Una gran descripción. ¿Color de los ojos?

—No lo sé.

—Pues eso es importante. El color de unos ojos pueden dar o quitar belleza. Gracias por la información, amigo.

Palmer colgó.

* * *

Con el abrigo ligeramente entreabierto, la muchacha dejaba al descubierto buena parte de sus bien moldeadas piernas.

El hombre que la miraba desde los cristales de la parte exterior de la cafetería supo enseguida que se trataba de Susan Wrighth.

El hombre no tenía aspecto de acaudalado caballero, ni de joven deportista, ni de inválido.

El hombre joven, vestía uniforme de una compañía de mensajeros, llevaba gorra de plato y lucía una sonrisa de dentífrico.

Era Palmer.

Entró en la cafetería y empezó a vocear:

—Señorita Wrighth. Mensaje para la señorita Susan Wrighth.

Al acercarse a ella, como quien no sabe quién es, pasó de largo.

—Oiga... Yo soy la señorita Wrighth —dijo ella poniéndose en pie.

Palmer le entregó una nota.

—Para usted, señorita. Espera respuesta.

—Un momento.

Ella abrió el sobre y leyó:

«Disimule. No haga ningún gesto. Tengo que darle un mensaje para su padre. Es secreto. Dentro de cinco minutos diríjase hacia el aparcamiento de coches. Hay una vieja gasolinera que está cerrada. La espero allí.»

CAPÍTULO X

— ¿Quién es usted? —preguntó la joven.

Estaban en un almacén de desperdicios, con la puerta ligeramente entornada. Antes había sido un depósito de gasolina que ahora era utilizado casi como trastero.

Palmer, con su uniforme de mensajero, replicó:

—Mi nombre es Palmer. Oficialmente he muerto. Puede que su padre haya sido informado. Fue solo un ardid para poder moverme con más desenvoltura... Necesito hablar con él... Es respecto a unos libros. Tengo que ver el medio de llegar a la isla o en todo caso que se ponga en contacto conmigo. Me hospedo en el Bering Hotel. Allí mi nombre es Brown.

— ¿Cómo sé que esto no es una trampa? —preguntó ella.

—Señorita Susan. No sé cómo probárselo. No llevo un carnet encima que me identifique como agente, no sería lo más prudente dada la índole de mi trabajo... Espero que su padre se fíe de mí. En cualquier caso puede pretextar un viaje a Washington, el asunto bien lo vale. Entonces nos entrevistaremos con Lydeker... Hay cierto asunto relacionado con unos libros que me preocupa. Pienso que tal vez contengan la clave de alguna fórmula.

Ella dudó.

—Debo regresar a la cafetería. Vendrán a buscarme de la isla.

—Oiga... No es necesario que dé mi descripción. Es posible que cuando su padre se entrevistó conmigo, yo haya cambiado de aspecto. Es el modo más seguro de pasar inadvertido y que a uno no le sigan.

— ¿Ha dicho que se llamaba Palmer?

—Sí, usted es la segunda persona que sabe que estoy vivo... Le ruego que no vaya divulgándolo. Cuando hable de esto con su padre, hágalo a solas. ¿Me ha comprendido?

Ella asintió no demasiado convencida.

—Ahora salga y vuelva a la cafetería y, por favor, no deje de

cumplir mis instrucciones. ¡Ah! ¿Tiene la nota que le entregué?

—Sí.

—Démela.

Ella abrió su bolso y se la tendió.

—La letra tampoco es la mía habitual y su padre tampoco me la conoce. No le serviría para identificarme y es mejor convertirla en cenizas para su propia seguridad.

— ¿Es un asunto peligroso?

—Muy peligroso, señorita Susan, aunque... no creo que se metan con usted.

Ella pareció asustada, pero enseguida demostró entereza. Irguió el busto y salió del almacén dirigiéndose por entre los coches a la cafetería del aeropuerto.

Palmer desapareció silbando una tonadilla.

* * *

Había anochecido.

Palmer estaba tendido en la cama del hotel leyendo un periódico. Iba en pantalón y mangas de camisa y tenía sobre la mesita un vaso de whisky y una botella a medio vacilar.

Llamaron al teléfono y tomó el auricular tendiendo la mano.

Una voz le anunció:

—Tiene una visita, señor Brown.

Palmer esperaba al profesor en persona y se sorprendió de ver a la propia Susan.

También ella mostró asombro al ver que el hombre que le abría la puerta no se parecía en nada al mensajero con el que había hablado la tarde anterior.

Ahora era un hombre apuesto, de unos treinta años, ojos y pelo castaños y mirada indolente, un tanto sarcástica.

¿Era aquella la verdadera fisonomía de Palmer?

Ella no hizo ninguna pregunta. Se limitó a trasponer el umbral cuando él la llamó por su nombre, invitándola:

—Pase, Susan... Pensé que vendría su padre. ¿Habló con él?

—Sí, señor Palmer... Aunque apenas tuve tiempo.

—No la comprendo.

—Los periódicos todavía no han publicado la noticia... Mi padre ha sido asesinado.

— ¿Qué...?

—Esta mañana. Oficialmente, parece un accidente.

— ¿Cómo ocurrió?

—Vivía en una de las casas del acantilado. Hay una escalera por entre las rocas... Se supone que cayó. La altura era de unos veinte metros y murió en el acto

—Asesinado... De veras que lo siento.

Ella mantenía toda su entereza, pero sus ojos llameaban.

—No lo dirán... Lo sé... Y quiero hablar con quien sea para que este crimen no quede impune.

—No quedará, no se preocupe.

—Mi padre temía que le mataran. Me lo dijo, pero no imaginaba que fuera tan pronto.

—Simpson... Quien pudo hacerlo es Simpson... Pero pensé que Lydeker le habría prevenido contra él. Le hice llegar el mensaje.

—No hay nadie llamado Simpson allí.

— ¿Cómo lo sabe?

—Me presentó a toda la gente, y no recuerdo que me hablara de ningún Simpson.

—Es extraño. Simpson era uno de sus colaboradores. El espía que buscábamos... Pero hay algo más ¿Pudo hablarle de los libros?

Ella asintió.

— ¡Oh! Siéntese, por favor. Tome algo.

—Sí, gracias.

Palmer le sirvió whisky.

La muchacha tomó un sorbo.

— ¿Se encuentra mejor?

—Ha sido un duro golpe para mí.

—Lo comprendo...

—Estoy pensando.

— ¿En qué?

—En ese nombre. ¿Simpson, eh?

—Sí.

—No. Estoy segura de que no había nadie llamado así.

—Pues si no fue él... ¿Acaso hay más gente mezclada?

— ¿Me ayudará a descubrir al asesino de mi padre? —preguntó ella.

—Desde luego.

—No tengo a nadie más, señor Palmer.

— ¿Dónde vivía usted antes?

—En París. Hice unos cursos de perfeccionamiento Me gusta pintar y tengo algunos conocidos en Francia

Se hizo un silencio. Él acercó una butaca delante de la joven y pidió:

—Susan... dígame lo que habló con su padre.

Ella se dispuso a hablar.

CAPÍTULO XI

—Me habló de unos libros, los mandó en distintas direcciones. Contienen una clave. No me dijo más, dijo que si sabía demasiado, yo también podría correr un grave riesgo.

—Sé que intentó mandar unos libros a Buenos Aires, pero en el aeropuerto los robaron. Yo conseguí dar con los ladrones y para no tener que dar explicaciones y poder continuar en el anonimato avisé a la policía y esperé hasta que llegaran; cuando oí las sirenas dejé la casa hasta donde había ido siguiendo a los dos hombres. Pienso que debía de haber alguien más en aquella casa, porque los libros que devolvió la policía a la oficina de envíos del aeropuerto no eran los mismos.

—No puedo decirle nada más.

—Ni siquiera le dio los títulos. ¿Le habló de *Topaze*, por ejemplo?

—No. No me dijo nada más.

—Alguien estaba en aquella casa de Heat Row —musitó Palmer en voz alta, pero como si hablara consigo mismo—. Después de saber que Simpson entraba en el juego, pensé que pudo haber sido él, pero... apenas tuvo tiempo, cuando regresé al aeropuerto él ya estaba allí y no pudo ir más deprisa que yo...

Ella guardaba silencio.

—Recuerdo las señas de ese envío. Me parece que iban destinadas a una biblioteca pública... Me pareció extraño.

—Un momento... ¿Ha dicho *Topaze*?

—Sí.

—Cuando estuve en su despacho... Creo que había un ejemplar. Sí. Tenía un ejemplar sobre la mesa.

—No creo que a su padre le gustase tanto la novela como para comprarse más de un ejemplar.

—Mi padre solo leía libros científicos, o de divulgación, nunca se interesó por las novelas.

—Sí... Entonces no cabe más que averiguar a quién fueron hechos los otros envíos y cuántos fueron en total.

—No tengo ni idea, pero tal vez... Mi padre tenía un buen amigo... Creo que era en el único en quien confiaba.

— ¿Quién es?

—Era colega suyo. Profesor Holstein.

— ¿Alemán?

—Sí. Se conocieron hace muchos años y colaboraron juntos.

— ¿Dónde vive Holstein?

—En Hamburgo.

—Bien, Susan... Creo que este va a ser mi nuevo destino.

—Quiero ir con usted.

—Sería un poco peligroso.

—No me importa.

—Susan... ¿por qué no regresa a París? Prometo tenerla al corriente.

—Ya no tengo nada que hacer en París.

— ¿No tiene familia en los Estados Unidos?

Ella negó con la cabeza.

—Bien... Venga conmigo. Seremos una pareja de enamorados. Tendrá que aprender a fingir... Tal vez sea un modo de pasar inadvertido. Aunque, mientras me sigan creyendo muerto, todo irá bien.

— ¿Es que no piensa informar a sus superiores?

—No.

— ¿Por qué?

—Me encomendaron una misión. Tengo campo libre. No puedo solicitar ayuda. Un fracaso debo resolverlo a mi modo... El éxito es para el departamento. Nuestro trabajo es anónimo.

—Pero...

—No crea que siempre es grato hacer algunas misiones, aunque a veces... —la miró a ella intencionadamente y añadió—: tiene sus compensaciones.

Ella fingió no darse por enterada.

—Me alojo en este hotel, señor Palmer.

—Aprende a llamarme Harry, y tutéame. Si hemos de viajar juntos, será más natural.

—Sí, Harry —repuso ella—. ¿Es ese realmente su nombre?

—Sí. Lo es... En público me llamarás de acuerdo con la personalidad que adopte... Por cierto, debo ver cómo ando de pasaportes...

—Sigo pensando en que debería informar.

—Tienes prisa para que cace al asesino de tu padre. Lo comprendo. Pero hay mucho más, Susan. Entre las fórmulas que tu padre descubrió, hay algunas referentes a armas terribles; si cualquier enemigo de nuestro país da con ellas, el mundo sufriría una grave amenaza. Tengo que descubrir a toda la organización... Y una misión no acaba hasta que el agente encargado de ella triunfa o muere. Déjame llevar a mi manera.

Susan asintió.

— ¿Cuándo nos ponemos en marcha?

—Mañana, en el primer avión. Saldremos con destino a Nueva York y de allí daremos el salto hacia Europa. Has dicho Hamburgo, ¿verdad?

—Sí, Hamburgo. Pero desconozco las señas.

—No creo que sea difícil. Holstein debe ser un hombre importante. Alguien sabrá dónde podemos encontrarle.

CAPÍTULO XII

El aeropuerto Kennedy, como de costumbre, registraba un lleno absoluto, pasajeros de toda la Unión, extranjeros, gente que iba a recibir o a despedir familiares y amigos.

En medio del tráfico, Palmer y Susan eran una pareja más. Palmer viajaba tal y como la muchacha le había visto en el hotel, con el rostro de hombre apuesto, mirada galante, pelo castaño, ligeramente ondulado, con el mechón siempre rebelde que caía sobre el lado derecho de su frente.

Tenían los pasajes para el avión que iba a partir directamente hacia Hamburgo.

Él viajaba con el nombre de Thomas Brown y ella con el auténtico.

Nadie parecía fijarse en ellos de una manera especial.

Sin embargo, la sensación imprecisa de que alguien le estaba observando en medio del torrente humano hizo que Palmer se volviera.

Sus ojos expresaron sorpresa cuando vio a una mujer volverse para ir a una de las cafeterías del aeropuerto.

—Espera un momento.

— ¿Has visto a alguien?

—Sí... Ponte junto a la puerta del otro vestíbulo y no te muevas hasta que regrese.

Ella asintió.

Palmer se abrió paso entre la gente. Cuando pudo cruzar, la muchacha que había visto ya no estaba allí.

Entró en la cafetería.

Entonces la vio salir hacia otro vestíbulo.

La alcanzó utilizando la otra puerta. Cuando estuvo delante de ella comprobó que sus ojos no le habían traicionado. Era Nolah, la secretaria del general.

—No eres un fantasma —murmuró sonriendo.

— ¿Me has reconocido?

—Vi tu verdadero rostro una sola vez, y soy buen fisonomista... Estuve en el departamento de identificación. No lo olvides.

— ¿Estás segura de que este es mi verdadero rostro, Nolah? — sonrió él.

—Bueno... A mí me has gustado siempre sea cual sea tu disfraz... Además, es tan... perfecto que no se nota.

—No pareces muy extrañada de verme.

—Decepcionada.

— ¿De que no haya muerto?

—De la compañía...

— ¡Oh! Es... Bueno, una amiga.

— ¿Por qué no informaste al general?

—Sigo la misión, Nolah. Yo nunca abandono, pero cierra la boca. No me has visto.

— ¿Por qué? —inquirió ella asombrada—. ¿Es que no te fías ni de Lydeker?

—Trabajo según mi sistema. Intentaron matarme y creyeron haberlo conseguido; cuantas menos persona, sepan que estoy vivo, más libre será la vía.

—Bien. Por mí no quedará.

—Pero, ¿qué haces tú en Nueva York?

—Podría decirte que he venido a visitar a unos amigos, pero puesto que trabajamos en el mismo asunto...

— ¿De qué estás hablando?

—Lydeker te cree muerto y ha mandado a alguien para reemplazarte.

— ¿Dónde?

—Hamburgo.

— ¡Hamburgo! No me digas que seguimos la misma pista...

—Supongo que sí. Holstein.

— ¡Exacto!

Ella sonrió.

—Pero tú... ¿Qué tienes que ver?

—Yo soy el «nuevo agente».

— ¡Nolah!

—Bueno... No es como para alarmarse. En realidad no se trata de un trabajo peligroso. Simplemente, obtener una información.

—Pero, ¿por qué tú? Hay docenas de hombres en el departamento... Y en el mismo Hamburgo.

—Lydeker ya no se fía de nadie. Casi todos nuestros agentes son conocidos. A veces, cuando pienso en este me dan ganas de reír... Veo a tanta gente seria tratando de arreglar asuntos de alto secreto y me parece niños grandes que estén jugando a los agentes secretos. Unos conocen a otros y de cuando en cuando alguien cae... se le echa un tupido velo o algún amigo se toma la revancha y sigue el juego... ¿No es divertido?

—Según se mire. Los que caen no deben divertirse mucho, pero sigo sin comprender por qué te mandó precisamente a ti.

—Mi abuelo era alemán. ¿No te lo dije nunca?

—No.

—Tengo alguna familia allí. El viaje es un buen pretexto.

—Bueno... La situación es un poco extraña. Los dos vamos por lo mismo. No tiene sentido. Regresa a Washington y habla con el viejo. Dile que me has visto.

— ¡Oh, no! Yo no me pierdo el viaje... Hasta ahora te has divertido tú.

—Si a que a uno pretendan liquidarle al menor descuido le llamas diversión...

—Bueno, ahora me toca a mí. Oficialmente, no nos hemos visto. ¿De acuerdo?

—Como quieras, Nolah.

— ¡Ah! Diviértete con la rubia. ¿Puedo saber quién es?

— ¿Por qué no? La hija de Wrighth.

— ¿Eh?

—Sabes que murió, ¿verdad?

—Sí. Un accidente. Lo comunicaron directamente desde el laboratorio.

—Fue un crimen.

—Seguramente.

— ¿Sigues creyendo que es un juego?

Nolah volvió a sonreír.

—Me han dicho que en Hamburgo hay sitios muy interesantes... Si tienes alguna noche libre y puedes acompañarme...

—Me agradecería.

— ¿No se enfadará... ella?

—No seas quisquillosa. Quiso acompañarme y a me conviene, a veces dos personas pasan más inadvertidas que una sola.

—Pues ve, que a lo mejor se impacienta.

Nolah hablaba con marcado retintín. Si se sentía celosa, lo disimulaba con su aire burlón.

—A propósito, y para ahorrarme trabajo, ¿dónde vive Holstein?

—Eso tendrás que averiguarlo.

—Trabajamos para la misma causa,

—Bueno. Pero esta misión concretamente me pertenece. Suerte, colega.

Y la pizpireta Nolah, contoneándose, se alejó hacia el otro vestíbulo.

CAPÍTULO XIII

El vuelo fue absolutamente normal, y con la hora de Greenwich, llegaron cerca de la media noche.

Nolah tomó un taxi antes de que Palmer y Susan consiguieran el suyo.

— ¿Por qué no la sigues? —preguntó Susan, que ya había sido informada por el agente de la misión de Nolah.

— ¿Para qué?

—Esto es absurdo. Dos personas para la misma misión y no os ponéis de acuerdo.

—El trabajo sigue siendo mío, Susan, y yo no abandono. Es una cuestión de honor. Además... tú deseas que llegue hasta el final, ¿verdad?

—Claro.

—Pues deja a esa chica. Es posible que ella conozca las señas. Lydeker debió enterarse de lo de los libros y consiguió la información necesaria que le ha llevado hasta el profesor Holstein. No sé si va detrás de la misma cosa, pero lo que parece seguro es que Holstein puede ayudarnos.

El taxi les dejaba poco más tarde delante del hotel de doce plantas en el centro de la ciudad.

Palmer pidió alojamiento. Más tarde, los dos reunidos en el cuarto del agente consultaban las guías telefónicas.

Al final dieron con el Holstein que buscaban.

—Ya tenemos sus señas... Ahora falta saber dónde está la calle —dijo él.

El conserje le informó a la mañana siguiente.

La calle estaba en las afueras de la ciudad.

Un taxi condujo a la pareja hasta la misma casa. Era un chalet rodeado de césped y un pequeño jardín.

El aspecto de la casa era absolutamente normal, bien cuidada y soleada estaba situada en pleno campo.

—Un lugar para trabajar tranquilo. ¿A qué se dedica Holstein?
—preguntó Palmer al descender del taxi.

—A la investigación, desde luego —repuso Susan.

Palmer se volvió hacia el chófer.

—Espérenos, por favor.

Se dirigieron hacia la casa y llamaron al timbre de la puerta.

Repitieron la llamada al ver que nadie respondía a la primera vez.

—Tal vez no esté —dijo Susan.

—Es temprano.

—Insiste.

Él volvió a llamar.

Entonces el aire movió ligeramente la puerta.

— ¡Está abierta! —exclamó ella.

—Espera... Aguarda fuera, déjame entrar a mí —replicó el agente empujando la hoja.

La puerta quedó completamente abierta, dejando al descubierto un ancho corredor con una abertura a la izquierda y otra a la derecha más a la mitad del corredor. Al fondo había una última puerta y antes, un hueco donde se adivinaba una escalera que ascendía hacia la planta superior de la casa.

El agente puso mano a la sobaquera y cogió el revólver, que sacó y dejó dispuesto para disparar si era necesario.

Avanzó, y una de las tablas del parquet crujió bajo sus pies.

Quedó inmóvil aguzando el oído.

Contenía incluso la respiración para no hacer ruido y captar toda posible señal:

La casa parecía desierta.

Abrió la primera puerta. Era un lavabo, baño y servicios.

Se acercó a la abertura del otro lado. Era un portal doble con puerta de doble hoja y cristales que estaba abierta de par en par.

La casa tenía una de las distribuciones típicas en el norte de Alemania y por tanto aquello debía ser el salón-comedor.

Esto pensaba Palmer mientras avanzaba.

Se quedó en el umbral.

Sí. Efectivamente era un salón amueblado con enseres antiguos, pero limpios, bien cuidados, que entonaban con el papel de las paredes y la austera decoración en general.

Nada llamaba la atención, nada resultaba estridente, nada... excepto el cadáver que yacía en el suelo.

Era un hombre de apariencia viejo.

Estaba tendido con la espalda contra el suelo y los brazos abiertos formando una cruz.

Detrás del agente alguien lanzó una exclamación de horror.

Palmer se volvió y vio a Susan que había entrado.

— ¿Le conoces?

—Es... es Holstein... Le vi en una o dos ocasiones hace muchos años, pero no ha cambiado... ¡Dios mío! ¿Está...?

Palmer lo auscultó.

Se puso en pie y volvióse de nuevo hacia la joven para replicar sacudiendo la cabeza afirmativamente.

—Sí. Ha muerto.

Iban a salir.

— ¿Qué harás?

— ¡Espera!

Fuera, y junto al taxi que les había conducido hasta allí, se detuvo otro taxi del que se apeó Nolah.

Al ver que la pareja ya salía sonrió.

—Bueno... Parece que has madrugado —dijo la recién llegada dirigiéndose únicamente a Palmer.

— ¿Llegas ahora?

—Llamé primero a Holstein para saber si me recibiría...

—Pues llegas tarde. O si lo prefieres... alguien ha madrugado más que nosotros.

— ¿Qué quieres decir?

—No es un espectáculo agradable, Nolah. Ha muerto.

— ¿Muerto?

—Asesinado.

— ¿Cómo?

—Un balazo. A quemarropa. Hay pólvora junto al orificio que la bala ha dejado. Informa a Lydeker... Alguien sigue anticipándose a todos nuestros planes...

—No comprendo.

—En mi caso sí que no lo comprendería porque nadie podía saber que me proponía hablar con Holstein, pero allí en la oficina de Washington es distinto...

— ¿Es que acusas a alguno de los colaboradores de Lydeker?

—No lo sé...

— ¡Harry! Si te oyera Lydeker...

—Si me oyera Lydeker... Oye, Nolah. Si de algo estoy seguro es que el profesor Wrigth no cometió la menor indiscreción. A propósito, aunque no sea el momento más adecuado, voy a presentarte a su hija. Susan... Nolah es la secretaria de mi jefe en Washington.

Se miraron. Se midieron con los ojos. Luego, Nolah rompió el silencio para decir:

—Siento lo ocurrido a su padre.

Después, cada cual se fue por su sitio.

Nolah regresó sola, mientras Harry Palmer lo hacía con Susan.

— ¿Qué haremos ahora? —preguntó la hija de Wrigth, de regreso al centro de la ciudad.

—Comprar un volumen de *Topaze*.

— ¿Por qué?

—Se me ha ocurrido una idea. ¡Vamos! En algún lugar habrá alguna edición en inglés.

La hija de Wrigth no comprendía absolutamente nada.

CAPÍTULO XIV

En su habitación del hotel. Palmer llevaba más de tres horas leyendo la obra de León Uris,

— ¿Has encontrado algo? —preguntó Susan entrando.

—No, pero lo paso bien. Es de espionaje, ¿Lo sabías?

— ¿Te quedan ganas de bromear?

—En este libro y en los otros debe de existir alguna clave.

—Es lo que él me dijo.

—Pero no te insinuó nada.

—No...

— ¿Había hecho esto alguna otra vez?

—No, que yo sepa.

—Bien, entonces no hay más remedio que seguir con lo que había pensado.

— ¿Puedo saber de qué se traía?

—Ven conmigo.

Inmediatamente, estuvieron en la calle. Un taxi les llevó a la redacción del Allgemeine Zeitung.

Palmer solicitó redactar un anuncio.

—Mire —dijo al empleado—. He encontrado un libro. Es un volumen inglés. El libro en sí no creo que para el que lo haya perdido tenga más valor de lo que cuesta comprarlo, pero hay algo... Parece una clave o parte de ella, y lleva un nombre. Profesor Von Kanoll. Quisiera hacer saber a ese Von Kanoll que yo he encontrado el libro, por si pudiera serle de utilidad... En el anuncio ponga además que hay una dedicatoria del profesor Wright...

El empleado enarcó las cejas. Tal vez no había visto a demasiada gente tan interesada en devolver un objeto perdido.

—Repito —insistió Palmer chapurreando el alemán— que la fórmula me parece importante... No se olvide de mencionar al profesor Wright. Es muy conocido en los Estados Unidos.

—Y suponiendo que el tal Von Kanoll lea el anuncio, ¿dónde

debe pasar a recoger el libro?

— ¡Ah, sí! Le daré mis señas. —Palmer pensó unos instantes y enseguida dijo—: Diekstrasse, 148. Publique el anuncio durante tres o cuatro días.

—Bien, señor. Le haré la nota; ¿quiere pasar por caja?

—Gracias.

Cuando salieron de la redacción, la joven preguntó:

— ¿Quién es Von Kanoll y todo este lío?

—Todo una mentira, claro... Pero puede que dé resultado,

— ¿Pretendes que los que puedan ir detrás de un ejemplar de *Topaze* vayan a esas señas que has dado?

—Exactamente.

— ¿Y dónde está esta calle?

—Estuve otras veces en Hamburgo antes de ahora. En las señas que he dado vivía un antiguo conocido mío. Exactamente en el número 148. Se trasladó hace tiempo porque iban a derribar la casa o no sé qué.

—Pero...

—No te preocupes... Había un jardín en la entrada, quien quiera que venga, si es que viene, tendrá que cruzarlo y le esperaré... ¡Vamos, echaremos un vistazo!

El taxi les condujo hasta Diekstrasse.

Era una calle de anchura considerable, en una zona de nueva construcción.

El número 148 correspondía a una casa que estaba medio demolida, pero conservaba el jardín abandonado que había mencionado Palmer.

—A partir de hoy, y desde que aparezca el anuncio, tendremos que montar guardia. Lo mejor será alquilar un coche y aparcar en cualquier sitio.

Echó una rápida ojeada y se fijó en el solar del otro lado.

—Ahí no está mal.

Había montones de ladrillos, sacos y otros materiales propios para las casas que estaban construyendo.

Regresaron al hotel. La trampa estaba lanzada.

* * *

El anuncio apareció al día siguiente junto con la noticia del asesinato de Holstein.

«Se ignoran los motivos del crimen. La asistente de la casa, persona que al parecer gozaba de absoluta confianza, dice que aparentemente no falta nada. La policía realiza las investigaciones pertinentes. Un taxista declaró haber llevado a una pareja en la mañana del crimen, y posteriormente se presentó otro conductor de taxi para testificar que había llevado a una muchacha.»

—Nos buscarán —dijo Susan después de leer el periódico.

Estaban cenando en el hotel.

—Hamburgo es una gran ciudad. Tardarán en dar con nosotros. Además... Ahora ya no tenemos necesidad de alquilar taxis y ya no es probable que pudieran coincidir con el mismo chófer.

—Pero si investigan...

—¿Qué pueden probar? El periódico dice una pareja...

—Sabrán que somos extranjeros.

—Hay muchas parejas extranjeras, Susan... No pierdas la serenidad. Claro que si prefieres regresar a los Estados Unidos.

Ella negó con la cabeza.

—¿Para qué? Ya sabes que no tengo a nadie.

—Bueno. En realidad, me gusta que estés conmigo.

* * *

Aquella fue la primera noche en que Palmer, en el interior del coche alquilado y con los faros apagados, camuflado en el solar entre el material de construcción aguardó frente al 148 de Diekstrasse.

Consumió más de un paquete de cigarrillos desde las ocho hasta la medianoche.

Nadie se presentó.

* * *

Llegó el segundo día y Palmer pasó la mayor parte del tiempo delante de la casa.

Para ello utilizó varios disfraces rudimentarios.

Por la noche, con el rostro últimamente habitual, volvió a montar guardia, dentro del «Opel» de alquilar.

* * *

El tercer día, y con luz diurna, cambió de disfraces varias veces para que los obreros que trabajaban en la construcción, si se fijaban en él, no pudieran reconocerle.

De nuevo, al llegar la noche, hizo lo mismo que las veces anteriores.

Dentro del coche, y con la mirada fija en la calle, aguardó.

Hacia las once se detuvo el automóvil pasada la casa.

El agente bajó del «Opel» y apostado junto a un montón de ladrillos, miró hacia el auto.

Alguien bajó de dentro.

Era una persona de estatura más bien baja y delgada. Usaba pantalón negro, una gabardina corriente y sombrero oscuro con el ala echada sobre el rostro.

El recién llegado caminó con sigilo hasta la entrada del descuidado jardín.

Palmer le vio plantado en el umbral de lo que había sido puerta de acceso al recinto del edificio y luego entrar definitivamente.

Ágilmente, y sin hacer el menor ruido, el agente cruzó la calle y se apostó junto a la columna de la puerta que el recién llegado acababa de trasponer.

Su mano tenía asida la pistola que tenía en el bolsillo de la trinchera que llevaba.

La sombra menuda del recién llegado se movía cerca de la edificación propiamente dicha.

Palmer avanzó entre las sombras.

La sombra se revolvió como si presintiera haber sido descubierta.

El agente ya estaba encima del otro.

— ¡Quieto!

Le encañonó.

El recién llegado hizo un movimiento y el sombrero cayó al suelo.

Con el pelo recogido sobre la cabeza, y sin ninguna clase de maquillaje, apareció el rostro de Nolah.

Palmer lanzó un suspiro de desengaño.

—Es la primera vez que no me alegra encontrarme con una mujer.

— ¿Qué haces aquí? Menudo susto me has dado.

—Esto te pasa por aceptar trabajos que no te corresponden.

—Leí cierto anuncio. Igual que tú seguramente, ¿verdad?

—No... Yo lo puse —replicó Palmer de mal talante.

— ¿Que tú...?

— ¡Claro! Pensé que alguien «picaría». Pero no imaginé que pudieras ser tú.

—Bueno... Quizá convendría que nos pasáramos nuestros respectivos informes —propuso ella.

— ¿Firmas la paz?

— ¡Oh, no! Es una simple previsión para no perder lastimosamente el tiempo.

— ¿Qué es lo que sabes exactamente?

—Lo de los libros que mandaba el profesor Wrighth...

— ¿Cómo lo averiguó Lydeker?

—Esto ya no lo sé.

—Pero, ¿y la clave?

—Lo ignoro.

— ¿Cuál era tu misión concreta, Nolah?

—Averiguar si Holstein sabía algo de esos libros o si Wrighth le había confiado algo. Por lo visto, eran muy amigos.

—Lydeker tiene medios de saber muchas cosas... pero nosotros seguimos igual. Y puede que estemos perdiendo el tiempo en Hamburgo. Muerto Holstein, ya nada podemos averiguar. Excepto...

— ¿Qué...? —preguntó Nolah ávida.

—Nada, pensaba en voz alta.

—Esto es hacer trampa. Yo he contestado a tus preguntas.

—La policía seguramente habrá hecho un registro rutinario. No saben exactamente lo que buscan. Piensan en un móvil corriente. Solo nosotros sabemos que le ha asesinado una organización, quizá porque no sabía nada o tal vez porque sabía demasiado... Me gustaría echar un vistazo a la casa.

—Está sellada.

—Lo imagino.

— ¿Vamos juntos?

—No es trabajo para ti, Nolah.

—Estoy aquí...

—Está bien. Vamos. ¿De quién es el coche que has traído?

—Me lo han prestado. Ya te dije que tenía parientes.

—Bien. Tú coge el tuyo y yo el mío. Ve detrás.

Nolah asintió.

CAPÍTULO XV

Palmer aplicó una ventosa en el cristal, sacó un diamante de cortar vidrio y trazó un círculo en derredor de la ventosa, pero bastante más ancho.

Sujetó la ventosa y dio un golpe seco al vidrio, que se cortó dejando un agujero.

Sacó el pedazo sujeto a la ventosa, desenganchóla y la guardó, dejando el trozo de vidrio junto a la ventana.

Metió la mano dentro y descorrió el cerrojo.

Abierta la ventana, pasó al interior.

Nolah, con su estrafalario aspecto —pantalones masculinos, camisa, corbata y aquel sombrero que había vuelto a calarse—, murmuró:

—Ayúdame.

Él le tendió la mano y poco después los dos estaban dentro de la vacía casa del profesor.

Todo estaba oscuro.

Avanzaron tanteando las paredes. Palmer se valía de una linterna.

Cuando estuvieron en lo que fue despacho, encendieron la luz eléctrica. Con las cortinas corridas no podían ser vistos desde el exterior.

—Debía ser un hombre muy ordenado —dijo ella.

Palmer asintió observando los estantes donde todo estaba en perfecto orden.

El buscó en los cajones.

—¿Qué buscamos concretamente? —preguntó Nolah.

—Si lo supiera...

—Bueno, yo no tengo una gran experiencia.

—Empecemos por la correspondencia. Es posible que Wrigth le hubiese escrito.

—Si eran amigos, es casi seguro.

Las cartas estaban archivadas en carpetas. Holstein lo guardaba todo.

En otras carpetas había apuntes, notas, esbozos, ensayos.

Palmer fijó su atención en las cartas.

Había comunicados oficiales, menciones de sus trabajos, notificaciones de algunos premios conseguidos y por fin...

Correspondencia particular

Amigos, conocidos, parientes.

— ¡Aquí está! —exclamó Palmer.

Varias cartas, todas de los últimos tiempos, fechadas en Nueva York unas, y en Saint Lawrence otras, con la firma de Wrighth.

—Seguro que esto no lo ha tocado nadie —murmuró el agente.

—No se les habrá ocurrido... Tal vez ellos sepan lo que buscan y nosotros no.

—Veamos...

Palmer leyó rápidamente.

No encontraba ningún dato interesante.

Pasaba el tiempo y Nolah hacía viajes hacia la parte delantera y atisbaba hacia el exterior para comprobar que no había ningún peligro.

En una de las cartas, Palmer encontró una anotación en alemán y un número.

—Esto parece una indicación... Número 42... ¡Espera! Todas las carpetas llevan un número. Búscalos, Nolah...

— ¿Qué dice esta carta?

—Habla de algo inconcreto. Dice: «Como te dije en nuestra última visita, el asunto está en marcha. Tú conoces las instrucciones.»

—Esto podría ser —repuso ella buscando la carpeta.

—Eso pienso yo.

—Aquí está la carpeta.

Se la entregó al agente, que empezó a hojear los papeles. La mayoría eran recordatorios, una especie de diario llevado de forma muy particular.

Cuando Palmer ya dudaba de encontrar nada de interés, poco le faltó para que pegara un brinco.

— ¡Esto es! No podía ser más claro.

—Vamos a ver —replicó ella colocándose a su lado.

Palmer leyó en voz alta:

—«Primer volumen de *Topaze*, destino Copenhague... *The Arrangement*, París... Tercer volumen. *Los primeros caballos*.»

—¿Qué significa esto? —inquirió Nolah.

—Espera, hay unos nombres... Copenhague... Librería Olstrom, jardines Tívoli... *The Arrangement*, en inglés. Librería Bastogne... *Los primeros caballos*. No dice nada, pero hay algo borrado que no consigo ver.

—Bueno. Esto quizá sea lo más importante.

—Hay que conseguir esos tres libros. ¡Un momento!

Como si acabara de tener una nueva idea, volvió a hojear la carpeta de las cartas comunes y no tardó en encontrar lo que buscaba. Una carta con membrete de la librería Olstrom, de Copenhague.

—Recordaba haberla visto antes.

— ¿Qué dice?

—Está en francés... Veamos. ¡Es formidable!

—Traduce. Yo no comprendo —protestó Nolah.

«Muy señor nuestro: Tenemos a su disposición un libro de un amigo común, el profesor Wrighth. Según nuestras instrucciones, puede usted pasar a recogerlo o bien ordenar su envío hasta su domicilio. Esperamos sus noticias al respecto y entretanto...»

Palmer dejó de leer.

—Esto empieza a estar claro. El profesor utilizó tres libros, que envió a distintos lugares; seguramente cada uno de ellos debe contener la clave que buscamos.

— ¿Las fórmulas nuevas?

—No lo sé. Pero hay que dar con estos libros.

Salieron de la casa. Fuera todo seguía en silencio, incluso la sombra que permanecía inmóvil entre la cercana vegetación.

Aquella sombra iba armada con un revólver.

Nolah murmuró:

— ¿Seguirás con la hija de Wrighth?

—Sí...

—Bueno... Si por una noche te olvidaras de ella.

—Eres una tentación, Nolah.

La sombra apuntó con el revólver.

Nolah caminaba algo más adelante.

—Ahora sígueme tú a mí. Dejaré el coche y luego me llevas en el tuyo. ¡Oh, y debo cambiarme de ropa, por supuesto!

El dedo índice de la mano que esgrimía el arma se curvó sobre el gatillo.

Sonó el disparo.

CAPÍTULO XVI

Palmer cayó a un lado, al tiempo que gritaba:

— ¡Al suelo, Nolah!

El que había disparado, repitió de nuevo.

Palmer se revolvió girando sobre sí mismo. Su mano derecha apareció armada y apretó el gatillo apuntando hacia el punto de donde habían surgido los fogonazos.

El otro debió cambiar de posición.

Palmer, a trompicones, alcanzó un parapeto formado por el mismo desnivel del terreno y disparó otra vez.

Desde el otro lado, pareció surgir una exclamación ahogada. Después, nada.

Durante un minuto, nada ni nadie se movió.

Después, el motor de un coche que se ponía en marcha.

A Palmer aquello le recordó lo ocurrido en Alaska, en la casa donde encontró a los compinches que habían robado los libros.

El agente avanzó entre la maleza y no tardó en descubrir junto a un arbusto algo húmedo y viscoso.

—Sangre —murmuró—. Quienquiera que sea, le he herido...

Nolah se acercó.

—Sí

— ¿Estás bien?

—Sí... Pero la bala pasó muy cerca de mi cabeza. Puedo asegurarte que sentí el viento...

—Nos estaban espiondo.

—No he visto que me siguieran. Tal vez estaban aquí... Pero...

— ¿Quién podrá ser?

— ¡Y yo qué sé! Pero debemos darnos prisa... Antes de que nadie más descubra las mismas cosas...

— ¿Cuándo piensas marchar?

—En el primer avión. Primero Dinamarca. Está más cerca. Después iremos a Francia.

— ¿Y esta noche?

—Lo dejaremos para otro momento... —consultó el reloj—. Es más de medianoche —añadió—, y mañana tenemos que madrugar... Aunque este ya no es trabajo para ti.

Nolah hizo un mohín de resignación y replicó:

—Te equivocas, Harry. Sigue formando parte de mi trabajo.

Cada cual se dirigió a su coche.

* * *

Cuando Palmer abría la puerta de su habitación, Susan asomó por la suya.

— ¡Oh, Harry! Gracias a Dios que has llegado.

En su voz había un tono vehemente y su expresión era de angustia.

— ¿Por qué? ¿Qué te pasa?

—Harry, Harry... Tengo miedo.

Instintivamente, la mujer se refugió en los brazos del hombre.

Palmer, al sentir el suave contacto de la joven, mentalmente comparó a las dos mujeres.

Igualmente hermosas, pero cada una con su personalidad distinta, le habría resultado difícil elegir a una de entre las dos.

Sin embargo, si Nolah tenía aquel no sé qué de coquetería refinada o bien dosificada, la hija de Wrighth poseía la seriedad, la serena belleza y el temperamento propio de una persona culta, reposada, aunque en aquellos instantes precisara de protección y aparentemente su habitual serenidad la hubiese abandonado.

— ¿Qué ha pasado?

—Salí un momento cuando te fuiste. Solo fui a dar una vuelta. No sé... De repente me encontré sola y comencé a pensar. Nunca me ha asustado el futuro y no es que me asuste ahora, pero me vi sola... Aunque antes apenas viera a papá, no sé, es distinto...

—Te comprendo.

—Cuando regresé... noté que alguien había estado buscando en mi habitación. Había registrado mi equipaje y la puerta que comunica nuestros cuartos la forzaron para pasar al tuyo.

— ¿Te falta algo?

—No.

—Mira tú, Harry.

—Vamos, entra.

Abrió la puerta.

Aparentemente no había desorden, pero para quien sabe cómo ha dejado las cosas, le es fácil comprobar que alguien ha estado buscando.

—Bueno... Esto está llegando al final, pero tendremos que abrir bien los ojos porque esa gente que nos pisa los talones no se anda con medias tintas.

— ¿Has averiguado algo?

—Bastante. Mañana saldremos para Copenhague.

— ¡Dinamarca!

—Librería Olstrom, jardines Tívoli. ¿Te dice algo este nombre?

— ¡Oh, sí! Mi padre compraba allí.

— ¿Estuvo en Dinamarca?

—Durante algunos años, sí... Olstrom le guardaba todos los libros científicos o de divulgación.

— ¿Y en París? ¿Librería Bastogne?

—No lo sé. En París estuvo menos tiempo. Yo entonces era muy pequeña. Papá vivió allí desde que terminó la guerra y estuvo hasta 1950. Yo había nacido tres años antes, pero es probable que fuera cliente de esa librería.

— ¿Teníais algún ejemplar de *Los primeros caballos* en vuestra casa?

—No lo recuerdo. ¿De qué se trata?

—Creo que es algo así como la historia de la introducción de los caballos en América.

—No sé... A papá le gustaban los caballos. Cuando nos trasladamos a los Estados Unidos, tenía todavía una casa en los Alpes y teníamos bastantes caballos.

— ¿Qué relación puede tener esto con la clave? —se preguntó en voz alta el agente Harry Palmer.

Entonces, paseando la mirada por la habitación, finalizó de nuevo en la muchacha.

Le pareció hermosa y dulce, tierna y frágil.

Hasta entonces no se dio cuenta de que llevaba la muñeca con un vendaje bastante amplio que surgía por debajo de la manga cerrada del salto de cama.

— ¡Susan! —exclamó, y señaló la venda.

— ¡Oh, sí! Me he cortado... Estaba tan nerviosa... Ha sido al

limpiarme los dientes. Rompí el vaso y me corté... No creo que sea gran cosa.

Palmer la miró durante un buen rato en silencio.

CAPÍTULO XVII

El avión llegó a la capital de Dinamarca a las once de la mañana.

Del aeropuerto. Susan y el agente fueron directamente a los jardines Tívoli.

El marco encantador del lugar no detuvo la atención del agente Harry Palmer.

Tenía un presentimiento, que se confirmó al entrar en la librería Olstrom.

Había policía. Estaban haciendo preguntas y no atendían al público.

—Dispense —dijo Palmer en francés—, ¿me entiende usted?

El policía asintió.

—Lo siento, señor. Ahora no se puede pasar.

—Es urgente. Necesito hablar con el señor Olstrom. ¿Qué ha ocurrido aquí?

—Un robo.

— ¿Un robo? ¡Necesito hablar con el dueño!

Susan intervino:

—Por favor... El señor Olstrom era conocido de mi padre. Dígale que soy Susan Wrieth. Es importante.

Se acercó un policía de paisano y cambió unas palabras con el agente que impedía el paso a la pareja de recién llegados.

Por fin el de paisano se aproximó al hombre alto y robusto que estaba más al fondo y habló unos instantes con él.

Era el señor Olstrom, que avanzó hacia ellos.

— ¡Susan! —exclamó en correcto inglés—. No la hubiera reconocido, señorita Susan... ¿Cómo está su padre? ¡Señor...! —la última exclamación fue dirigida a Palmer.

Ella explicó la muerte de su padre sin dar detalles y presentó a Palmer como Thomas Brown y añadió:

—Es... un viejo amigo.

—Vengan, vengan conmigo; precisamente llegan en un momento oportuno.

Les introdujo en las dependencias particulares de la tienda y, cuando estuvieron instalados, el librero explicó:

—Tenía un libro que su padre me envió en custodia para que a mi vez, lo entregara a un conocido suyo.

—Lo sé, señor Olstrom —cortó el agente—. Es un volumen de *Topaze*.

—Exactamente.

—¿Le importaría darnos este volumen?

El librero miró extrañado a Palmer y luego volvió los ojos hacia la muchacha.

—Por favor, señor Olstrom. Es importante. El profesor Holstein, a quien iba destinado el volumen, ha muerto.

—¿Qué?

—Posiblemente no se dé cuenta, señor Olstrom —añadió el agente—, pero la posesión de este volumen entraña un peligro.

—Ciertamente... lo he comprendido así —murmuró el hombre.

—Ese robo... —empezó Palmer.

—Sí, señor. Me han robado algunos volúmenes de la obra que usted dice, pero no el auténtico, quiero decir el que el padre de la señorita envió para el profesor Holstein, de Alemania.

—¿Lo tiene aquí? —inquirió Palmer.

—Sí.

Vaciló un instante y al final dijo:

—Bueno. Si Holstein ha muerto... supongo que no hay ningún mal en que entregue el libro a la hija del profesor Wright.

Pareció decirlo como si tratara de justificarse a sí mismo.

Desapareció unos instantes y volvió con el ejemplar que iba envuelto en papel normal de embalar.

—Así llegó a mi poder —explicó.

Cuando Palmer lo tomó, lo desenvolvió rápidamente y abrió la primera página. Había en la primera hoja blanca o guarda del libro después de la tapa una dedicatoria de Wright a su colega alemán y una fecha: 13-1-67.

—Esto no es posible —murmuró el agente mirando aquella fecha, pero no comentó más.

Se limitó a preguntar al librero:

— ¿Cuándo lo recibió?

—Hace unos dos meses.

—Gracias señor Olstrom.

Se excusaron por la prisa y Olstrom les facilitó la salida por una calle lateral.

Poco después, se instalaban en un restaurante.

— ¿Entiendes algo? —preguntó Susan.

—Esto que aparenta una fecha podría ser simplemente la clave donde buscar.

—No entiendo.

—13-1-67, puede interpretarse como día trece de enero del año 1967.

—Sí.

—No. El libro fue editado en el sesenta y siete, pero en fecha posterior. Lo dice aquí.

Y mostró a la joven la fecha de edición del libro.

—Entonces...

—Veamos. Trece, uno, sesenta y siete. Página trece, línea primera, palabra sesenta y Siete... No, no puede ser, no hay tantas... Humm. Página trece, letra primera y sesenta y siete. Esto sí puede ser.

Leyó.

La palabra era VERANO.

En la palabra 67 de la misma página se leía: CERCA.

— ¿Tiene sentido?

—No sé. Falta ver el segundo libro. Está en París. Pero apuesto a que Nolah se habrá dirigido hacia allí.

CAPÍTULO XVIII

Nolah estaba en Orly cuando Palmer y Susan bajaban del avión.

— ¿Qué tal el viaje? —saludó.

—Debí suponerlo... ¿Has conseguido el libro?

—Tabú —replicó la joven.

—Me alegro. Pensabas tomarme la delantera.

—Evitarte trabajo —replicó Nolah.

—Bueno. No hay ninguna razón por la que tengamos que ir separados —adujo el agente.

Tomaron un taxi a la salida del aeropuerto. Era ya tarde y Nolah comentó:

—La librería estará cerrada.

—Intentaremos conseguir que nos abran.

La propia Nolah dio las señas y el taxi dejó atrás el aeropuerto de Orly, para dirigirse hacia el centro de París.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, el coche se detenía en la librería, que estaba cerrada.

El agente probó a entrar por la puerta de la escalera de vecinos.

La portera le indicó:

—El señor Bastogne no suele atender después de la hora, pero si quiere llamar —y mostró la puerta de la escalera que comunicaba con la tienda.

Palmer llamó y tuvo que repetir la llamada porque nadie respondió.

Al tercer intento alguien, con evidente lentitud, abrió la puerta.

Era un hombre entrado en años, tenía los ojos muy abiertos y apenas si se tenía en pie.

—Señor Bastogne... Perdone que le molestemos. La señorita es...

Pero el hombre, lejos de escuchar, se inclinó hacia delante. De su boca surgió un estertor y si Palmer no le hubiera sujetado, habría caído cuan largo era.

Susan lanzó un grito.

El librero tenía clavado en la espalda un cuchillo.

— ¡Arriba... arriba...! —logró balbucir tratando de gritar, pero la voz no le salió.

El agente miró hacia lo alto.

En la semioscuridad de la tienda creyó ver una sombra.

Dejó cuidadosa pero rápidamente al librero en el suelo y se lanzó en persecución de aquella sombra que se movía por lo que era un altillo.

El fugitivo abrió una portezuela entre los estantes y echó a correr seguido de Palmer, que ascendió rápidamente la escalera de madera hasta el altillo, para continuar por aquella puerta.

La escalera estaba totalmente a oscuras y los escalones eran bastante altos.

El fugitivo tropezó.

Con un esfuerzo, Palmer pudo sujetarle por los pies, pero el otro le soltó una patada y el agente tuvo que retroceder a pesar suyo, con lo que su perseguido cobró ventaja.

En lo alto de aquel tramo, más que verse, podía adivinarse una puerta que seguramente, pensó Palmer, comunicaba por un terrado.

Quería impedir que el hombre escapara. Por fin podría atrapar a alguien de la organización.

Consiguió cogerle de nuevo y ambos rodaron escaleras abajo.

En la oscuridad, el antagonista de Palmer sacó un revólver. En sus desesperados intentos de huir, si antes utilizó el puñal para no armar ruido, ahora ya únicamente le importaba librarse de Palmer.

El agente no podía verle. Estaba demasiado oscuro, pero en la lucha comprobó que se trataba de un hombre fuerte y que de su persona emanaba el olor consustancial a todo ser humano, y que los distingue. Los ciegos con el olfato pueden conocer al hombre o mujer que tienen enfrente aunque, no use lociones y colonias,

Palmer en aquellos momentos tuvo la vaga sensación de que la persona con la que estaba luchando denodadamente no era un desconocido para él.

Le retorció el brazo, para obligarle a soltar el revólver.

El otro lanzó de nuevo un grito gutural.

Consiguió al fin empujar a Palmer, que perdió pie.

Con un tremendo esfuerzo, el asesino consiguió llegar hasta lo alto del tramo.

Abrió la puerta y desapareció por el terrado.

Palmer subió inmediatamente después, pero el fugitivo estaba ya en la barandilla del pequeño terrado desde donde saltaba a otro algo más bajo y de allí desaparecía hacia un callejón con un tercer salto.

Palmer le siguió hasta la calle, pero allí ya era imposible saber dónde se había camuflado. Era la hora que transitaba más gente. No. El hombre había conseguido evadirse.

Regresó a la entrada privada de la librería, donde las dos mujeres atendían al librero.

—Está muy grave —susurró Susan.

El hombre parecía querer decir algo.

—*El arreglo* {1} —dijo.

—¿Qué?

—*El arreglo* —repitió en francés.

—Oh, comprendo. Siga.

Al librero le costaba trabajo hablar, pero se esforzaba, como si comprendiera que no disponía de mucho tiempo de vida:

—El... el envío del profesor Wrighth... Lo ha... robado... el hombre del cuchillo. Me ha... me ha asesinado.

El agente esperó que el moribundo continuara.

Ya con las últimas fuerzas que le quedaban, pudo añadir:

—Avisen... a la policía...

—Escuche... ¿vio usted el libro? Sabemos que había la firma del profesor, una dedicatoria y una fecha.

—La fecha... estaba... estaba equivocada.

—No importa... Diga los números. Por favor. Trate de recordar.

El librero guardó silencio.

La muerte avanzaba rápidamente hacia él.

—Esos números. Intente recordar. Puede hacer un gran bien. De esos números dependen muchas cosas, señor Bastogne.

Nuevo silencio del moribundo y angustiada espera por parte de Palmer y de las dos mujeres.

Al fin el hombre, ya en un murmullo apenas inteligible, consiguió decir:

—30-XII-68.

Fueron sus últimas palabras.

Aquella fecha podía ser cierta, pero el librero dijo que estaba

equivocada porque seguramente él habría recibido el libro bastante después.

Palmer salió de la casa con las dos mujeres. La portera ya estaba al corriente de todo y la inconfundible bocina-sirena de la policía francesa anunciaba su inmediata llegada.

—No se vayan ahora —dijo la portera—. Querrán hacerles preguntas.

—Tenemos un poco de prisa. Cuando llegue el momento, ya iremos a declarar.

Se fueron antes de que los agentes llegaran a la casa.

Se confundieron con el tráfico ciudadano...

CAPÍTULO XIX

Estaban los tres en una *boîte* sicodélica, con las alucinantes luces encendiéndose y apagándose continuamente y cambiando de color, con la música estridente y las parejas bailando solas o acompañadas, los hombres con sus melenas largas confundiendo con las muchachas y viceversa.

En aquella moderna orgía, donde toda conversación es imposible y el alcohol corre por las mesas y contribuye a enardecer los ánimos, los tres se hallaban sentados con el libro que Palmer había conseguido comprar en un quiosco.

Era un ejemplar escrito en inglés y los números facilitados por el librero correspondían a las palabras: CASA y MONTAÑA.

—Tenemos cuatro palabras —dijo el agente.

— ¿Cuáles son las otras dos? —inquirió Nolah.

—VERANO y CERCA —explicó Palmer.

—Casa, cerca, verano, montaña... Esto puede tener algún sentido.

—Casa verano cerca montaña, o casa de verano cerca de la montaña —sugirió el agente, y miró a Susan.

—Tal vez, cerca de la casa de verano en la montaña, o de la montaña —dijo a su vez Nolah.

—Casa de verano... No sé a qué podía referirse...

Palmer sacó de una bolsa un ejemplar del libro *Los primeros caballos*.

—Este no estaba remitido a nadie en concreto. Entiendo que la clave está en el mismo libro.

Lo abrió por la primera página.

Era una lámina de un grupo de magníficos caballos salvajes por las llanuras.

En la introducción del libro, se refería a la expedición del español Coronado como portador de los primeros caballos que galoparon por suelo americano.

Había otras láminas con excelentes fotografías de otros ejemplares de la raza equina.

—Caballos, caballos —murmuró Palmer.

Susan tuvo una idea:

— ¡La casa de los Alpes! Le hablé de ella, ¿recuerda?

—Sí.

—Papá la había bautizado con un nombre: Caballo salvaje...

—Entonces, las palabras sueltas corresponden a esa casa —adujo el agente.

—Es posible.

— ¡Claro! —casi gritó Nolah—. Volvamos a reconstruir...

—Casa de verano cerca de la montaña. Esto es... "Y los caballos quieren recordar ese nombre: *El caballo salvaje* —murmuró Palmer.

— ¡Y son caballos salvajes! —volvió a exclamar Nolah en tono triunfante—. Tiene que decirnos dónde se halla esto... Usted debe saberlo.

Susan asintió.

—Bueno, Nolah... Ahora lo siento de veras. En esta cuestión no debes mezclarte. Tal vez los «otros» también hayan conseguido llegar a una conclusión... Ya han ocurrido bastantes muertes en este asunto.

—Pero esta vez estamos sobre el camino seguro. El profesor Wrigth tiene la fórmula en esa casa.

—Donde iré yo solo utilizando el disfraz que me convenga.

— ¡Harry! —protestó Nolah.

—Un momento —intervino la hija de Wrigth—. Hay algo que no comprendo... Hace años que papá no iba a la casa. En realidad, la dejó a unos campesinos para que cuidaran de ella. Eran los mismos que cuidaban de los caballos en invierno.

—Sin embargo, no hay duda de que el profesor la utilizó para esconder algunos de sus secretos. Mañana mismo me pondré en camino.

—Me gustaría volver —murmuró Susan—. Hace tantos años... Guardo buenos recuerdos de los Alpes.

—Cuando esto termine, Susan. Ahora es demasiado peligroso. Quedaos las dos en París... Espero no tardar más de un día.

— ¿Piensas ir solo? —preguntó Nolah.

—Sí... Yo siempre trabajo solo cuando llega el momento de la

verdad... Se corren menos riesgos.

—Entonces, no tenemos más remedio que desearte suerte —suspiró Nolah.

—Ten cuidado —rogó Susan.

—Bueno... Esta noche vamos a celebrarlo. Es un delito encontrarse en París y no recorrer los lugares típicos —propuso Palmer.

* * *

Recorrieron hasta tres salas de fiestas sin olvidar el aperitivo y la cena.

El agente intentó complacer por igual a las dos mujeres.

Cuando bailaba con Susan le preguntó:

— ¿Cómo va la herida de la muñeca?

— ¡Oh, bien! Ya te dije que no había sido nada.

—Mejor...

No pudo menos que pensar en la persona que había disparado desde la maleza cuando acababa de salir con Nolah de la casa del profesor Holstein.

¿Quién sería?

Pensó también en el hombre con el que había luchado en casa del librero francés.

¿Quién sería?

— ¿Te preocupa algo? —preguntó la hija de Wright interrumpiendo sus pensamientos.

Él sonrió.

Se mostró optimista, como siempre.

Aquella sonrisa pareció tranquilizar a Susan.

La fiesta continuó.

Se descorcharon varias botellas de champaña y eran más de las dos cuando los tres se dirigieron a pie hacia el hotel.

Ocuparon tres habitaciones en pisos distintos. A Palmer, siempre utilizando el nombre de Brown, le asignaron el segundo piso. Las dos mujeres estaban en habitaciones contiguas, en el primero.

Cuando a la mañana siguiente despertaron, cada una de ellas encontró una nota debajo de su puerta.

Era la despedida de Palmer.

Les decía adiós, que esperaran, que fueran buenas y que pensarán en él.

Y era medio en broma y medio en serio una especie de despedida, como si el agente dudara de que pudiese regresar.

CAPÍTULO XX

La casa de los Alpes era más bien un refugio de dimensiones reducidas.

Tenía unas buenas caballerizas y estaba rodeada por una cerca. No había nadie, cuando Palmer llegó.

Echó un vistazo en derredor. La arboleda estaba próxima. Los abetos adornados por la nieve parecían una estampa navideña, o típica de la región.

La nieve era blanda y los pies se hundían en ella como si fuera algodón en rama.

El jeep se aproximó utilizando cadenas para pasar por la helada superficie de la carretera que quedaba oculta y formaba parte, aparentemente, del campo.

Un viejo con el sombrero típico cubriéndole la cabeza salió del auto.

Palmer se acercó.

— ¿Es esta la casa del profesor Wrigth?

—Sí, amigo. Pero el profesor está en los Estados Unidos. Hace años que no viene por aquí.

— ¿Usted es quien cuida de esto?

—No. Era mi hermano y su mujer, pero ahora mi cuñada se ha puesto enferma y han tenido que trasladarse a la ciudad.

— ¡Ah, ya! Entonces, ¿esto está solo?

—Completamente. ¿Es usted amigo del profesor?

—Sí, somos amigos —repuso el agente sin mencionar para nada su muerte.

—Bueno. Yo tengo que irme... Si quiere que le lleve a algún sitio.

—Pues en este momento no, gracias...

El otro agitó la mano en señal de despedida y dejó a Palmer completamente solo.

«Casa, cerca, montaña, verano», repitió para sí.

Una vez más buscaba alguna otra combinación a aquel rompecabezas, pero, mientras tanto, desde la frondosidad de los árboles una sombra había comenzado a moverse.

La persona que se parapetaba entre la vegetación se movía ágilmente, muy cauta y no cabía la menor duda de que estaba siguiendo los movimientos de Palmer.

—Casa, cerca, montaña... Casa, cerca, montaña, verano...

Lo de verano quedaba resuelto y podía ser complemento de casa, pero lo demás...

Se fijó en el letrero que colgaba como en las antiguas posadas.

En la madera reseca por el tiempo y la intemperie podía leerse todavía: «Caballo salvaje».

¿Habría escondido el profesor las fórmulas en el interior?

Se apoyó en los maderos de la cerca que rodeaba la casa.

Estaba en el lugar de la clave, pero de repente sintió que se encontraba tan a oscuras como antes de averiguar el sitio que el profesor había querido indicar.

Uno de los palos de la cerca se resquebrajó y Palmer resbaló ligeramente, pero enseguida se enderezó.

Entonces, como casi siempre ocurre, tuvo la idea,

¡La cerca!

«Cerca».

Y en voz alta repitió:

—Casa de verano de la montaña. «Cerca» puede referirse a la cerca.

Examinó aquella valla de troncos.

¿Estaba allí lo que andaba buscando?

Miró los troncos. Todos eran iguales, cubiertos por la nieve.

Ahora tenía la sensación de encontrarse en el buen camino, pero la persona que se movía por el bosque no dejaba de observarle.

A lo lejos se aproximaba un carro especial para la nieve, los esquís suplían las ruedas y dos caballos tiraban de él por la pendiente.

Aquellos cacharros los alquilaban más abajo y eran aptos para subir la suave cuesta.

Sacó unos prismáticos del bolsillo para ver quién era el que se aproximaba y descubrió con sorpresa un rostro conocido.

¡Susan!

Desobedeciendo sus instrucciones se dirigía a la casa. Hizo un gesto de contrariedad.

En el bosque la figura esgrimió un rifle telescópico y apuntó al agente.

Palmer pasó al otro lado de la cerca para acercarse al carruaje que ya estaba más cerca.

Entonces pudo escuchar el ronquido de los motores de un jeep.

Se volvió por la parte opuesta del bosque y vio cómo el jeep se detenía a escasa distancia.

— ¡Hola! —saludó su único ocupante.

— ¡Nolah! ¿Es que os habéis propuesto fastidiarme?

¡Nolah también!

—Vaya un agente que soy. Permito que las mujeres se desmanden.

—No te lo tomes así. ¿Has descubierto algo?

—Nada, pequeña, pero este silencio empieza a escamarme... Esto no es seguro. Me siento vigilado por mil ojos.

—Yo no veo nada.

Sopló una leve brisa. Nolah miraba en derredor.

— ¿Sabes? Vi a la hija de Wrigth salir del hotel sin despedirse. Llevaba ropas como para ir al Polo Norte y me dije... «Ya sé dónde vas» y no quise ser menos.

La hija del profesor asesinado llegó en aquel instante.

—No lo creas, Harry. Fue ella la que marchó primera

—No me importa quién marchó primero de las dos, pero no debisteis venir.

—Te ayudaremos —dijo Susan.

—Esto no es un juego.

—Lo sé, pero esta casa —replicó Susan— era de mi padre... No sé cómo están las cosas. Quizá lo sigue siendo o la dejó a los que la cuidaban para ellos, pero me gusta volver aquí... Y pienso que si papá indicó con los libros que era aquí donde había dejado su secreto... es posible que volviera... ¿Dónde están los Brandel?

— ¿Quiénes son los Brandel? —preguntó Palmer.

—El matrimonio.

—No sé. Un hombre me dijo que habían ido al pueblo. La casa está cerrada.

—Antes dejaban la llave junto a la ventana. Voy a ver.

Susan se aproximó y puso la mano sobre el alféizar. El doble pórtico que se abría hacia el exterior se abrió y entre la madera y el cristal estaba la llave.

Susan la tomó.

—No creo que les importe. Seguro que se alegrarán de verme.

Fue hacia la puerta e introdujo la llave en la cerradura.

—Venid.

Palmer y Nolah avanzaron. Susan había abierto la puerta que dejó al descubierto la sala principal del refugio.

—Solo tiene un dormitorio grande y un cuartito que cabe justo una cama... Es donde yo dormía.

En la sala principal había una mesa rústica para comer y un rincón que hacía las veces de cocina. Había cacharros colgados, dos fuegos apagados y un hogar.

Otro hogar en la parte lateral y dos butacas además del sofá.

Un estante que contenía libros, un aparador de madera, una lámpara de hierro forjado en el techo y un reloj de cuco que funcionaba.

—Esto está muy bien —exclamó Nolah mientras Susan se dirigía al que había sido su antiguo cuarto.

Miró todo con emoción.

—Es como si el tiempo no hubiese pasado.

—Bueno. Quedaos dentro, yo voy a mirar en la cerca.

—¿En la cerca? —preguntó Nolah.

—Sí. En la cerca. Había una palabra que decía «Cerca». ¿No es así?

— ¡La cerca! ¡Es verdad! —exclamó la secretaria de Lydeker, pero inmediatamente añadió—: Esto no tiene sentido...

— ¿Por qué no?

Entretanto el hombre que merodeaba por el bosque había corrido hacia el coche agitando la mano hacia un punto determinado.

Otros dos hombres salieron de sus respectivos camuflajes y se pegaron a la casa por la parte posterior.

Susan murmuró:

— ¿La cerca? —se tornó pensativa.

Palmer salió de nuevo seguido de Nolah.

La muchacha con las manos enguantadas limpió la nieve que

cubría los troncos.

De repente lanzó una exclamación:

— ¡Mira, Harry!

En uno de los troncos podía leerse:

«Caballo salvaje.»

Susan desde el umbral de la puerta murmuró:

—Esto no es nada extraño. Cuando cortaron los troncos, el hombre que lo hizo para no confundirse pintó varios de ellos con estas letras.

— ¿Hay más? —preguntó Nolah.

—No sé... Creo que no. No los colocaron todos.

Las letras no parecían tener la antigüedad de las que estaban escritas en el letrero colgante.

La pintura negra parecía más reciente, un año, o tal vez un poco más a lo sumo.

— ¡Un hacha! ¡Necesito un hacha! —dijo el agente.

—En ese barracón —indicó Susan señalando al lado de las caballerizas—. Debe estar abierto. Aquí no hay ladrones.

El agente se apresuró. El pequeño barracón estaba abierto y en el interior había toda clase de herramientas. Escogió un hacha y volvió a salir.

— ¿Qué te propones? —inquirió Nolah.

—Ahora lo verás.

Ninguno de los tres parecía darse cuenta de los hombres que acechaban detrás de la casa.

CAPÍTULO XXI

Harry Palmer quitó el tronco pintado con las letras de «Caballo Salvaje», desenganchándolo de los maderos que lo unían con los demás.

Cuando lo tuvo suelto lo dejó en el suelo tirando el hacha.

Cogió el tronco con las manos.

—Ya lo tengo —dijo lacónicamente.

Susan se aproximó, Nolah miraba impaciente al agente.

— ¿Qué?

—Voy a llevármelo. Aquí está la clave.

— ¿Qué has visto en este? —preguntó Nolah otra vez.

—El tronco... No es como los demás. Está hueco. Tengo miedo a echar a perder lo que pueda haber dentro... La clave estaba bien dada. La casa de verano de la montaña. Holstein lo hubiera comprendido enseguida.

—Sí —admitió Susan—. Él había estado aquí.

—Luego «Cerca» no era tan difícil de entender, y además estaba marcado con el nombre de la casa: «Caballo salvaje». El libro de *Los primeros caballos* completaba la especie de jeroglífico. Sí... Un buen escondrijo, el tronco de una cerca... ¡Vámonos de aquí!

Entonces surgió una voz a la espalda del agente:

—No irá a ninguna parte. Palmer. Aquí termina su viaje.

Dos hombres le estaban apuntando con sendos fusiles.

Uno de ellos era el que había visto en Heat Row, en la urbanización a las afueras de la ciudad costera próxima a la isla de Saint Lawrence.

El otro era un desconocido para él.

—Tengo curiosidad por saber quién les advirtió... ¿Cómo sabían esto?

Ninguno de los dos respondió, solo uno elevó la voz para advertir a Palmer.

— ¡Las manos separadas del cuerpo! No intente ninguna

tontería. No le serviría de nada.

Miró a Susan y luego a Nolah.

Fue la secretaria del general Lydeker la que sonriendo murmuró:

—Yo, encantó. Yo les avisé.

—Acabo de comprenderlo en este instante, encanto.

—Eres muy listo, pero esta vez no has estado a tu altura.

—Lydeker no te envió aquí, ¿verdad? Fue todo invención tuya.

Debiste darle una excusa...

—No, no —atajó ella—. El general me envió... Lo demás lo he hecho por mi cuenta.

—Y cuando nos dispararon al salir de la casa de Holstein... ¿También estaba previsto?

—Estaba prevista tu muerte, Harry, pero yo prolongué tu vida. Les dije que te necesitábamos para descubrir el misterio. Estas son las ventajas de ser diestro en la materia. Por eso has vivido hasta ahora.

—Ahora se explica por qué siempre había alguien que se nos anticipaba. Por ejemplo cuando llegué a Alaska. Simpson lo sabía y conocía perfectamente mi disfraz.

Hizo una pausa para añadir:

—Hizo aquella comedia del robo de los libros, fingiéndose interesarse de cara a los demás porque a mí tenían planeado matarme.

Nolah volvió a sonreír.

—Habría sido un error —dijo—. Así nos has servido mejor.

—El asesinato de Holstein, el robo de Copenhague, la muerte del librero Bastogne...

—Y la de mi padre —murmuró Susan con los ojos llameantes.

—Sabíamos que su padre había mandado las fórmulas más importantes a alguna parte. Es decir que las había escondido... Los libros que mandaba eran demasiado sospechosos, pero no nos dimos cuenta hasta que efectuó el último envío.

—El de Buenos Aires... No comprendo por qué lo mandó... La clave está aquí... ¿Qué había en aquellos libros?

—Nada... El profesor los mandó para despistarnos... Esto sí lo sabemos —dijo Nolah.

Enseguida hizo una seña a uno de los dos que estaban apuntando.

—Llévate este tronco al jeep. Ya tenemos lo que buscábamos.
El hombre obedeció.

Palmer hizo un movimiento, pero fue Nolah la que sacando un revólver que amartilló contuvo al agente.

—Quieto. No sería agradable ver tu sangre tiñendo la nieve.

—¿Cómo pensáis matarme?

—Será un accidente... Lo siento por ti, encanto —añadió dirigiéndose a Susan—. Sabes demasiado. Acompañarás a Harry. Será un honor. Morirás junto al mejor hombre de la CIA.

—¿Por qué mataron a mi padre? —preguntó Susan con los dientes prietos.

—Ya no nos interesaba. Las fórmulas solo las sabía él. Una vez muerto ya no podía divulgarlas. Ahora van a ser nuestras. Armas, guerra bacteriológica...

—¿En provecho de quién? —preguntó Palmer.

—Eso qué importa. Son muchos los que están interesados en pagar lo que pidamos...

—¿Quién maneja todo esto? —pregunté Palmer de nuevo.

La respuesta llegó del tercero de los hombres que se había apostado tras la casa.

—¿Sorprendido, Palmer?

El agente quedó inmóvil. Ante sí, vestido con ropas apropiadas al lugar, se encontraba el comandante Tamerly.

—Un traidor... —murmuró con una sonrisa de desprecio.

—Te equivocas, Palmer. No soy un traidor. En realidad mi uniforme fue siempre un disfraz. Lo utilicé del mismo modo que tú usas tus famosas máscaras para cambiar de rostro.

—Hace cinco años que te conozco...

—Sí, Palmer. Me costó introducirme en la sección, pero nunca trabajé realmente para «ellos». ¿Comprendes ahora? Yo pertenezco a la organización. Y desde mi puesto introduje a Simpson y a Nolah.

—Bien, bien... Hay que saber perder... Nunca me había ocurrido. Esta será la primera vez. Tenía que suceder.

—La primera y la última. Palmer. Lo siento... Comienza a andar. Usted también, Susan, suban al jeep, y cuidado.

Estaban a merced de aquellos tres hombres, todos armados, sin olvidar a Nolah.

Avanzaron hasta el jeep que la secretaria del general Lydeker

había dejado en la parte lateral de la casa.

Tamerly les obligó a sentarse delante.

—Boody. Tú conducirás —dijo entonces a uno de los dos hombres que pasó a ocupar el volante.

Tamerly y el tipo de la casa de Alaska se sentaron detrás con Nolah.

Ninguno de los tres soltó sus armas.

Tamerly advirtió:

—Y mucho cuidado... Nolah no quiere manchar la nieve con vuestra sangre, pero si os empeñáis...

Dejó en suspenso el resto de la frase.

— ¿Piensas despeñarnos? —preguntó el agente.

No hubo respuesta. Solo una seña de Tamerly al otro hombre que el agente no pudo ver.

Los dos a la vez levantaron sus armas para descargarlas contra la cabeza de la pareja.

Instantáneamente los dos quedaron sin sentido.

Los golpes habían producido el efecto deseado y desde entonces el corto viaje lo realizaron profundamente dormidos.

El vehículo se detuvo junto a un precipicio.

—El otro coche está abajo —dijo Tamerly—. Id bajando. Yo me encargaré de ellos.

Lo que iba a ocurrir era fácil de prever.

Tamerly desfrenaría el jeep y luego lo empujaría suavemente para que se deslizara por el resto de la pendiente hasta llegar al vacío.

Caerían desde una altura de unos cincuenta metros y todo el mundo pensaría que fue un accidente.

Lydeker y el resto de sus hombres fieles en el cargo que ocupaban sospecharían la verdad, pero entretanto los espías ya estarían a salvo llevándose con ellos los valiosos documentos.

Y Tamerly puso en marcha su plan.

Fue entonces cuando el helicóptero le hizo volverse atrás. No quería testigos.

Disimulando se sentó junto al volante y fingió conversar con el desvanecido Palmer.

El helicóptero se aproximó. Perteneecía a la patrulla de vigilancia de las cumbres.

Tamerly aguardó.

El aparato sobrevoló unos instantes inspeccionando la zona.

El falso comandante disimuló su impaciencia.

Al fin el helicóptero se alejó hasta perderse detrás del bosque.

En total habían transcurrido dos minutos, o tres a lo sumo, pero fueron suficientes para que Palmer despertara.

Su extraordinario poder de recuperación le permitió reaccionar rápidamente cuando Tamerly se disponía a salir después de haber desfrenado el coche.

A su lado, Palmer vio con el rabillo del ojo que Susan seguía inconsciente.

Con un gesto rápido, violento la empujó contra el suelo.

Tamerly, había enfundado su arma por no creerla necesaria. Cuando intentó sacarla, ya Palmer esgrimía la suya.

Disparó en el brazo del falso comandante que lanzó un grito mientras se inclinaba hacia delante.

Con el movimiento el jeep se deslizó por la pendiente.

Palmer no podía frenar porque Tamerly ocupaba todo el espacio.

El precipicio estaba cerca, cerca... Demasiado cerca.

Palmer saltó.

También Tamerly quiso intentarlo, pero era demasiado tarde.

Lanzó un grito al mismo instante que el jeep saltaba al vacío.

Desde más abajo, Nolah lo vio.

— ¡Vamos, en marcha! Esto se pone feo —dijo.

—Abriremos fuego —dijo uno de los secuaces.

—No nos conviene atraer la atención de las patrullas. Larguémonos. Ellos no tienen ningún coche.

Subieron al jeep que inmediatamente se puso en marcha bordeando la carretera algo más abajo.

—Se llevan los documentos —dijo Susan.

— ¡Espere! —exclamó Palmer.

Corrió por la helada superficie y un poco más abajo se deslizó suavemente.

Recordaba que en el jeep había visto unos esquíes. Si habían resultado ilesos se los colocaría y perseguiría a los fugitivos.

Corría a pleno pulmón hasta llegar donde quedó el vehículo totalmente destrozado.

El cadáver de Tamerly estaba hundido en la nieve.

Los esquíes habían saltado antes y esto impidió que se rompieran con el choque.

Palmer encontró también el rifle de Tamerly.

* * *

No es frecuente ver esquiar cargado con un fusil, pero de este modo el agente se deslizaba por la nieve, mientras la carretera serpenteaba por las pronunciadas curvas que no concluían hasta el final de la ladera del valle.

La velocidad de Palmer era impresionante, y obligaba al conductor del jeep a pisar constantemente el acelerador.

Nolah al ver un desvío en la carretera gritó al chófer:

—Por aquí. No podrá seguimos. Hay un barranco y antes de que se dé cuenta se habrá despeñado.

Su compinche obedeció.

Palmer viró hacia la misma dirección y tuvo que frenar la marcha porque entró en terreno nada apto para esquiar.

El jeep seguía por la nueva ruta, más difícil, más peligrosa.

Palmer miró un momento la situación, y tornó a lanzarse por un sendero entre árboles.

—Les alcanzaré cuando vuelvan a coger la carretera principal —dijo pensando en voz alta.

De nuevo alcanzó una velocidad escalofriante, bordeando profundos precipicios y salvando toda clase de obstáculos.

—Deprisa, deprisa —ordenaba Nolah desesperadamente espoleando al conductor.

—Esto no es un avión. No puede correr más.

— ¡Inténtalo!

—Cuando lleguemos fuera de la zona de nieve será distinto.

—Tenemos que burlarle. Tú, Boody, si le ves, dispara. Mátales... Es del único modo que no podrá seguirnos.

Palmer se aproximaba ya al final de la pendiente, mientras el jeep corría a velocidad inverosímil.

— ¡No puedo dominar el coche! —exclamó de pronto el conductor al tomar una doble curva.

Las ruedas traseras patinaron.

Intentó enderezar el volante, pero no pudo.

El auto se iba peligrosamente hacia el precipicio.

—No puedo, no puedo —gritó con el pánico reflejado en su

rostro.

— ¡Saltemos! —gritó el otro.

Al fin el conductor logró enderezarlo.

—Ten más cuidado —exclamó Nolah.

Llegaba un corto trecho de recta. Después otra curva.

Ninguno vio el indicador que el viento había derribado.

Decía: «No pasar. Carretera cortada».

— ¡Cuidado! —gritó el que iba al lado de Nolah en la parte de atrás del jeep.

Un precipicio estaba frente a ellos. Al frenar las ruedas volvieron a patinar.

El jeep cayó hacia delante, rebotó un par de veces en los helados desniveles, dio un par de piruetas grotescas y volvió a estrellarse contra la vertiente hasta que quedó completamente en el fondo, destrozado. La gasolina caliente por la veloz marcha que llevaron hasta entonces hizo estallar el motor.

Desde abajo, donde las dos carreteras volvían a unirse, Harry Palmer presenció el trágico espectáculo.

* * *

Cuando el agente llegó junto al jeep, los cadáveres estaban medio carbonizados y entre las cenizas quedaba únicamente un pedazo de tronco de la cerca.

Harry lo tomó entre sus manos.

Sí. Estaba hueco, pero en aquel trozo que se había salvado de las llamas no había absolutamente nada.

EPÍLOGO

—Lo siento, general.

Ahora el aspecto de Palmer era el de un estudiante, usaba gafas y aparecía como un hombre más bien tímido.

Lydeker le miraba desde el otro lado de la mesa con gravedad.

—Lo siento —repitió el agente—. No pude hacer nada por salvar los documentos. Se quemaron... Ahora las fórmulas no serán para nadie.

—No es esto lo que le reprocho. Palmer, sino su condenada actitud de hacer las cosas a su modo... Si nos hubiera advertido...

—Pensé que si me creían muerto...

—Y por poco se lo cargan de verdad. Me estoy preguntando qué clase de agente es usted... Lárguese... Ya le llamaré si le necesitamos.

—Sí, señor...

Iba a retirarse. El general le llamó de nuevo.

— ¡Ah, Palmer! De todos modos hizo un buen trabajo...

—A pesar de... no haber conseguido los documentos...

—Más que conseguirlos, Palmer, lo importante era que no pasaran a otras potencias que pudieran tener esa ventaja sobre nosotros.

—Comprendo, señor... Yo también me alegro... Si no es justo que los otros posean un secreto, tampoco lo es que lo tengamos nosotros...

—Esto ya no es de su incumbencia, Palmer... ¡Ah! Y espero que alguna vez se presente con su rostro auténtico.

— ¿Cuál de ellos, señor? —sonrió Palmer.

* * *

En la calle, dentro del coche, Susan le estaba esperando...

—Perdona esta interrupción, querida. Estábamos hablando de nosotros.

La rodeó por el cuello.

—Sí, Harry. Continúa...

—Bueno... de momento debemos conocernos mejor. ¿No te parece?

—Va a ser muy difícil para mí... Necesitaría saber cuál es tu auténtico rostro.

El con el coche en marcha se volvió hacia ella y la besó en los labios.

Cuando hubo terminado, el coche llevaba medio minuto exacto detenido. Había chocado contra un semáforo en una esquina. Afortunadamente llevaba marcha lenta, pero ellos no oyeron ni siquiera el golpe.

Susan lanzó un suspiro.

—No parece que lleves máscara.

Él se limitó a quitarse la nariz postiza, el bigote y las gafas, aparte de la peluca y volvió a quedar el hombre apuesto de los últimos días, con algún ligero cambio, pero a Susan se le antojó adorable.

La voz del policía de tráfico, dijo:

—Tengo que multarle por conducir sin mirar.

Pero tampoco aquellas palabras les interrumpieron. El policía, entretanto, extendía el boleto.

F I N



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispensa
a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

{1} Título de *The arrangement* en español.